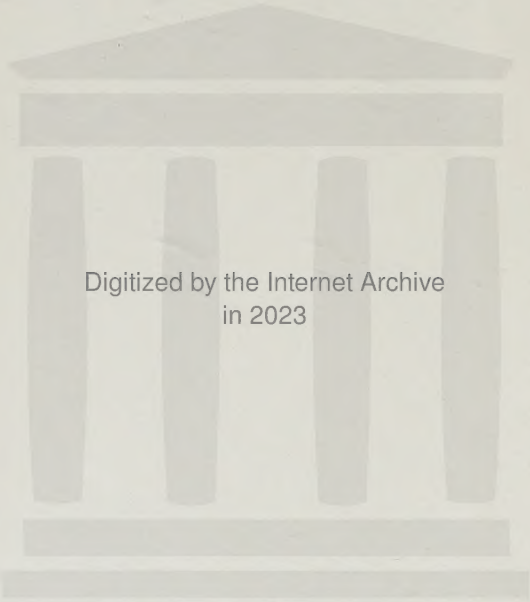
MARCELINO MENENDEZ PELAYO

(SU VIDA Y SU OBRA)

UNIV. OF ARIZONA
mn
Gonzalez-Blanco, An/Marcelino Menendez P
3 9001 03799 8989

POR ANDRÉS GONZALEZ BLANCO


Digitized by the Internet Archive
in 2023

https://archive.org/details/marcelinomenende0000andr

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

(SU VIDA Y SU OBRA)

OBRAS DE ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

CRÍTICA

LOS CONTEMPORÁNEOS. (Apuntes para una historia de la literatura hispanoamericana a principios del siglo XX.)—Primera serie.—Dos volúmenes.—Garnier Hermanos, editores.—París, 1907.

LOS GRANDES MAESTROS: I. *Salvador Rueda y Rubén Darío.* (Estudio cíclico de la poesía española en los últimos tiempos.)—Gregorio Pueyo, editor.—Madrid, 1908.

HISTORIA DE LA NOVELA EN ESPAÑA DESDE EL ROMANTICISMO A NUESTROS DÍAS. (Obra premiada por el Ateneo de Madrid en el concurso Charro-Hidalgo.)—Sáenz de Jubera Hermanos, editores.—Madrid, 1909.

LOS CONTEMPORÁNEOS. (Apuntes para una historia de la literatura hispanoamericana a principios del siglo XX.)—Segunda serie.—Un volumen.—Garnier Hermanos, editores.—París, 1910.

ESTUDIO PRELIMINAR DE LAS OBRAS ESCOGIDAS DE RUBÉN DARÍO.—Perlado, Páez y C.ª, editores.—Madrid, 1910.

ELOGIO DE LA CRÍTICA. (Ensayos diversos.)—Perlado, Páez y C.ª, editores.—Madrid, 1911.

CAMPOAMOR. (Biografía y estudio crítico.)—Sáenz de Jubera Hermanos, editores.—Madrid, 1912.

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO. (Su vida y su obra.)—Perlado, Páez y C.ª, editores.—Madrid, 1912.

LOS CONTEMPORÁNEOS. (Apuntes para una historia de la literatura hispanoamericana a principios del siglo XX.)—Tercera serie.—Un volumen.—Garnier Hermanos, editores.—París, 1912.

POESÍA

POEMAS DE PROVINCIA Y OTROS POEMAS.—Perlado, Páez y C.ª, editores.—Madrid, 1910.

NOVELA

UN AMOR DE PROVINCIA.—Novela corta premiada en el concurso de *El Cuento Semanal.*—Madrid, 1907.

EL CASTIGO.—Novela corta publicada en *El Cuento Semanal.*—Madrid, 1909.

EL CULPABLE.—Novela corta publicada en *Los Contemporáneos.*—Madrid, 1909.

IDILIO DE ALDEA.—Novela corta publicada en *El Cuento Semanal.*—Madrid, 1910.

LA HORA DEL ABANDONO.—Novela corta publicada en *Los Contemporáneos.* Madrid, 1911.

LA ETERNA HISTORIA.—Novela.—Perlado, Páez y C.ª, editores.—Madrid, 1910.

EL VERANEO DE LUZ FANJUL.—Novela.—Un volumen de la Biblioteca «Argensola».—Zaragoza, 1910.

DOÑA VIOLANTE.—Novela de la vida pícara y estudiantil.—Perlado, Páez y C.ª, editores.—Madrid, 1910.

MATILDE REY.—Novela de chulas madrileñas y de estudiantes provincianos.—Un volumen de la Biblioteca «Renacimiento».—Madrid, 1911.

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

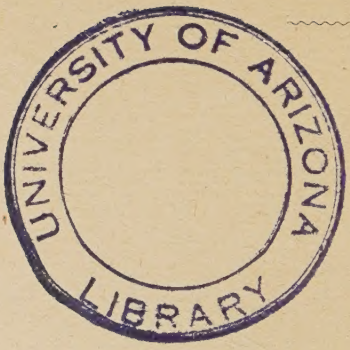
MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

(SU VIDA Y SU OBRA)

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1912

ES PROPIEDAD



Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

Illustri Ecclessiæ filio necnon scientiarum
quæ profana vulgò dicuntur peritissimo alumno,
inspirato poetæ
Antonio Rey Soto,
cui non aemersa est veritas in abysso, sed visu et auditu
cognita
in arte atque in supremâ metaphysicâ;
vehementissimo admiratori perinsignis sapientis
qui nuper lucem perdidit
(luctuosum memorandi Patriæ, perenni ævo remansurum)
in signum gratitudinis atque affectûs
hunc libellum
dat, dicat, dedicat.

A. G.-B.

Iunii Kalendas,
milesimo ac nonagesimo duodecimoque anno,
humani generis salutis reparatæ.
In oppido Matriti.

I

Su vida.

Nació Marcelino Menéndez Pelayo el día 5 de noviembre de 1856 en la ciudad de Santander, cuna de ilustres varones y solar hospitalario de la más egregia trinidad de las letras españolas durante las postrimerías del siglo XIX: Galdós, Pereda y el mismo Menéndez Pelayo. Galdós, aunque no haya nacido en ella, es hijo adoptivo de la insigne población cántabra; Pereda era natural de su provincia, y Menéndez Pelayo vió la luz primera en su propio recinto, a orillas del mar salado y ondulante que tanto había de amar y al que había de dedicar más tarde la mejor y acaso la más inspirada de las poesías que escribió.

Era el padre del ilustre polígrafo catedrático del Instituto de Santander, y del progenitor hubo de recibir sin duda sus primeras lecciones aquel sabio precoz, que a los veintiún años había de ganar una cátedra en el más alto centro docente de la Península. Así pudo, desde niño, imitar a los virtuosos y sabios varones de la antigüedad, y como el rey Agasielo, que no quiso preceptor en su infancia, pudo exclamar: «De aquel debo aprender de quien he nacido...»

La raza cántabra ha sido siempre raza fuerte y dominadora; raza de aventureros y de conquistadores, dados a la persecución del vellocino de oro o del ideal, más preocupados de lanzarnos a ignotas aventuras donde nos acechan peligros que de vegetar sombriamente en la soledad de nuestro lar, afanados con el tráfago menudo del vivir cotidiano...

«Pálidos escudriñadores del oro» nos llamaba Lucano, con perifrasis más poética que la de Silio Itálico, que, ruda y sabiamente, nos calificaba de avaros.

Pero lo supremo de la raza cántabra, el alien-

to ideal, el ανὲμός de la progenie, lo expresó el poeta latino que dijo :

Cantabrum indoctum juga ferre nostra...

«Los cántabros que *no saben* soportar nuestros yugos.» Notad bien que no dice *no pueden,* sino *no saben.* He aquí toda la clave de la raza. No es que no podamos, es que no sabemos ser dominados; somos aristócratas aun al plegarnos a la democracia...

Educóse con la educación primera, que es la que deja huella eficaz y honda, en aquella Santander,

dives opum studiisque asperrima belli,

que comenzaba por entonces a sufrir la transformación industrial que había de convertirla en una de las primeras ciudades de España. En el Instituto de esta ciudad recibió el premio extraordinario al graduarse de bachiller en artes.

Fué a Barcelona a estudiar la carrera de Filosofía y Letras, y allí fué discípulo del ilustre Milá y Fontanals, al cual había de rendir más tarde tributo de admiración y de respeto al coleccio-

nar sus *Obras completas* y ornar varios de sus ocho volúmenes con magníficas introducciones (1).

Cuando obtuvo, por oposición, el título de licenciado en Filosofía y Letras, era casi un niño. Vino a Madrid a graduarse de doctor, y obtuvo la misma recompensa. El estudio era por entonces — y fué siempre, aunque más mitigada por la natural templanza que la edad madura pone en todas sus cosas — su única pasión. Menéndez Pelayo fué siempre un estudioso impenitente, y acaso así acertó con el verdadero sentido de la vida... «¿Qué sería uno en ciertos momentos de la vida—decía Renán en uno de esos angustiosos momentos — si el estudio y la cultura intelectual no formasen un *alibi* al alma fatigada de luchar contra las dificultades exteriores?...»

Entre los funcionarios de la Biblioteca Nacional y de las Bibliotecas de las Reales Academias llegó a constituir un serio motivo de preocupa-

---

(1) En la bibliografía del capítulo *Labor de crítica* se encontrará la referencia de ellas.

ción y de asombro cotidianamente renovado aquel muchacho de flaca contextura, alto y recio, de largas piernas y desairados modales, de gesto nervioso y mirada inquieta, que permanecía horas y horas absorto, registrando infolios y manuscritos con ansiedad devoradora.

En 1875, la Diputación y el Ayuntamiento de Santander le pensionaron para que durante dos años se dedicase exclusivamente a las investigaciones bibliográficas, y al cumplirse el plazo el Ministerio de Fomento le concedió otra pensión de más abundante retribución con el mismo objeto; en cumplimiento de ella, el joven polígrafo visitó los principales archivos de España y del extranjero, recorriendo toda Francia, Portugal, Italia y Bélgica, con más largas estancias en Bruselas y Venecia principalmente, desde donde escribió algunas de sus primeras obras, como *La Ciencia Española* y la *Historia de los Heterodoxos españoles.*

Cuando contaba diez y nueve años concurrió a un concurso convocado por *La Ilustración Española y Americana,* logrando los tres premios ofrecidos a los tres mejores trabajos. En aquella

época llevaba ya bien aprendidos el griego y el latín y conocía además y se perfeccionaba en los idiomas modernos, como el francés, el alemán y el inglés, llegando a traducir a Shakespeare admirablemente.

En marzo de 1878 quedó vacante la cátedra de Historia crítica de la Literatura española, por muerte del ilustre Amador de los Ríos, y Menéndez Pelayo, que sólo contaba veintiún años, opositó a ella. Mas como no tenía la edad reglamentaria, hubo de promulgarse una ley especial reduciendo los términos de la edad legal para oposiciones.

En la contienda intelectual terciaron D. José Canalejas, el actual Presidente del Consejo de Ministros (que ha sido, no lo olvidemos, un humanista y un literato mucho antes de ser un político), y el mediocre investigador D. Antonio Sánchez Moguel. Canalejas desplegó todos los recursos de su prodigiosa oratoria, entonces fresca y juvenil; Moguel quedó relegado al último lugar, y Menéndez Pelayo sobrepujó a todos con su portentosa erudición y obtuvo la cátedra, *nemine discrepante*...

Poco después, sus discípulos de la Facultad representaron en el Teatro Español la traducción de la comedia de Plauto, *Captivi,* arreglada por él a la escena española. A la muerte de D. Juan Eugenio Hartzenbusch fué elegido académico de la Real Academia Española, tomando posesión del cargo el 6 de marzo de 1881. Fué fiesta solemne la de aquel día en la docta casa... Menéndez Pelayo se presentó en el salón entre los señores Marqués de San Gregorio y D. Aureliano Fernández-Guerra. La figura juvenil y nerviosa del nuevo académico, en cuyo rostro apenas sombreaba el bozo, contrastaba con las canas de aquellos venerables señores. Era la primera vez que un hombre de veinticinco años se sentaba en la señorial poltrona.

Dos años después, en 1883 (13 de mayo), tomaba posesión del cargo de miembro de la Academia de la Historia.

Más tarde fué también individuo numerario de la de Bellas Artes y de la Academia de Ciencias Morales y Políticas; es decir, fué miembro de todas las Academias principales de España, excepto de la de Ciencias Exactas, Físicas y

Naturales, que era incompatible con su género de estudios.

Además ejerció los siguientes cargos oficiales: Vicepresidente de la Junta facultativa de Archivos, Bibliotecas y Museos; Jefe superior del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos; Inspector de publicaciones de la Real Academia Española; Director de la Real Academia de la Historia; Presidente de la Diputación permanente en Madrid de la Academia Sevillana de Buenas Letras y Director de la Junta de Bibliotecas populares. Poseía la Gran Cruz de Alfonso XII, que le fué concedida en 6 de junio de 1902.

Todo le sonreía. Muy joven había llegado al pináculo de la fama, de la mayor cantidad de fama que puede tener un sabio en España. Hasta el Amor, que suele ser poco propicio con los hombres de estudio, le sonrió un día. «El estudiante candoroso, modesto y retirado — escribe D. Juan Valera (1) — fué presentado y agasajado

(1) *Introducción* a las *Odas, Epístolas y Tragedias* de D. Marcelino Menéndez Pelayo, de la Academia Española; LXXIV y LXXV. Madrid, 1883.

en los más brillantes salones; y lo eléctrico de las miradas, las palabras de miel y la belleza elegante, le arrebataron el alma y lograron que de ella brotasen cantos bellísimos: extraña explosión de amor, síntesis armoniosa de afectos algo paganos, como los de los antiguos poetas clásicos por sus Gliceras, Lesbias y Cintias, y de adoración extática, como la del Dante y Petrarca por Beatriz y por Laura.»

Pero él no se rindió a los halagos del amor terreno y prosiguió su vida austera y opaca de sabio, de historiador, de investigante perpetuo. Recluído en ese caserón rojizo de la Academia de la Historia, donde trabajaba y estudiaba con ahinco, sólo hacía alguna que otra docta escapada a la Biblioteca Nacional, en cuyo despacho seguía laborando horas y horas sin fatiga...

De vez en vez cruzaba esas pinas y laberínticas calles del Madrid viejo que cercan la Academia de la Historia, y con su gran capa parda, a eso del anochecer, a la hora de los enamorados y de los poetas, los admiradores suyos que vivíamos próximos a su santuario de estudio, le veíamos cruzar grave y pausado, quién sabe qué

hondos problemas revolviendo en el magín, y nos decíamos a nosotros mismos con emoción:

— ¡Ahí va D. Marcelino Menéndez Pelayo!...

Y estaba dicho todo...

II

Labor de polémica.

La primera tarea que acometió Menéndez Pelayo, apenas nacido a la vida de las letras, fué la de demostrar palmariamente que hubo una ciencia española y una filosofía española peculiarísima y propia del alma nacional; filosofía que había sido desconocida por no haberse reducido a sistema, pero que vivía pujante y vigorosa en las obras de nuestros más insignes polígrafos.

Menéndez Pelayo atacó la cuestión de frente, con valentía, con menos ambigüedades y contradicciones que D. Juan Valera. El ilustre autor de *Doña Luz* había publicado en diciembre de 1873, en la *Revista Española*, un artículo a pro-

pósito del volumen de *Obras escogidas de filósofos,* con un discurso preliminar del Excmo. e Ilmo. Sr. D. Adolfo de Castro, que acababa de publicar la Biblioteca de Autores Españoles, editada por Rivadeneyra. En ese artículo, ameno y elegante como todos los suyos (1), Valera no sabe a qué carta quedarse, y tan pronto se declara porque hay filosofía española como porque no la hay ni la ha habido nunca: «... El probar y dar a conocer que hay un pensamiento propio filosófico en España...» (Pág. 293.) «... Para que se crea que puede haber muchas filosofías, o dígase filosofías nacionales, sin que por eso sea más de una la filosofía verdadera y sana, de que todas ellas conviene que estén informadas y como nacidas.» (Pág. 295.) «Creo yo que no existe ni ha existido jamás tal filosofía española. Grande es mi amor patrio; pero no me ciega hasta el punto de sostener que haya habido en España nada parecido a lo que se llama filosofía francesa, desde Descartes hasta el día...» (Pá-

(1) Reproducido luego en las *Disertaciones y juicios literarios,* págs. 290 *et passim.* Madrid, 1890.

gina 295.) «Esto no obsta para afirmar que siempre, y principalmente en tiempos antiguos, hayamos tenido filósofos, los cuales, singular y aisladamente, han ejercido influjo en el pensamiento general y en el desarrollo de la civilización europea.» (Pág. 297.)

Más resueltamente, Menéndez Pelayo afirma que ha habido y sigue habiendo filosofía española: «Es, por desdicha, frecuente en los campeones de las más distintas banderías filosóficas, políticas y literarias, darse la mano en este punto solo, estimar en poco el rico legado científico de nuestros padres, despreciar libros que jamás leyeron, oir con burlona sonrisa el nombre de *filosofía española,* ir a buscar en incompletos tratados extranjeros lo que muy completo tienen en casa, y preciarse más de conocer las doctrinas del último tratadista alemán o francés, siquiera sean antiguos desvaríos remozados o trivialidades de todos sabidas, que los principios fecundos y luminosos de Lulio, Vives, Suárez o Fox Morcillo. Y en esto pecan todos en mayor o menor grado, así el neo-escolástico que se inspira en los artículos de *La Civiltà* y en las obras de

Liberatore, de Sanseverino, de Prisco o de Kleutgen (aprendiendo no pocas veces, gracias a ellos, que hubo teología y teólogos españoles), como el alemanesco doctor que refunde a Hegel, se extasía con Schelling o martiriza la lengua castellana con traducciones detestables de Kant y de Krause» (1).

La primera parte de la polémica iba enderezada contra D. Gumersindo de Azcárate, que en unos artículos publicados en la *Revista de España* con el título de *El Self-government y la Monarquía doctrinaria,* había lanzado a la circulación la idea de que el Estado español había ahogado por completo nuestra actividad científica «durante tres siglos».

Atravesósele luego en el camino el muy docto crítico y ateneísta Manuel de la Revilla, a quien llamaba Menéndez Pelayo «Mr. Masson redivivo», y de pasada la emprende con Núñez de Arce, a quien luego había de dedicar un admirable estudio, puesto al frente de su volumen

---

(1) *La Ciencia Española* (polémicas, proyectos y bibliografía), vol. I, cap. I, págs. 4 y 5. Madrid, 1887.

El haz de leña (1): «El eminente lírico Núñez de Arce (nombre caro a nuestras musas), al tomar asiento en la Academia Española, se acuerda de haber sido periodista y diputado *constituyente* y gobernador de Barcelona después del movimiento setembrino, y con mengua de su buen juicio y talento poderoso (¡debilidades humanas!) nos regala un trocito de poesía *doceañista,* capaz de hacer llorar a las piedras. El Sr. Núñez de Arce es de los que para todo encuentran una explicación: *la intolerancia.* ¡Felices ellos que así poseen la clave de nuestra historia!» (2).

Prosiguen dos capítulos de mera exposición bibliográfica, y en el sexto la emprende de nuevo con Revilla—ahora «Mr. Masson redimuerto»—, a quien pone como no digan dueñas. Es éste uno de los capítulos más violentos y ásperos de sus primeros libros, de los cuales indudablemente se arrepentiría el maestro ya anciano y llegado a la cumbre de la serenidad, maestra y señora del Arte.

(1) Reimpreso en los *Estudios de crítica literaria* (4.ª serie).

(2) *La Ciencia Española,* II, pág. 89.

Aquí se encuentra también su vibrante y valiente confesión de catolicismo y su apología de la Inquisición, que de puro apasionada nos parece paradójica, hecha por *pose*, como hoy la ha hecho un recio estilista y original literato: Luis Antón del Olmet.

«Soy *católico*, no nuevo ni viejo, sino católico a machamartillo, como mis padres y abuelos, y como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios bastante más que la moderna. Soy *católico, apostólico, romano,* sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna a la impiedad ni a la heterodoxia, en cualquiera forma que se presenten, ni rehuir ninguna de las lógicas consecuencias de la fe que profeso; pero muy ajeno a la vez de pretender convertir en dogma las opiniones filosóficas de este o el otro doctor particular, por respetable que sea en la Iglesia. Estimo cual blasón honrosísimo para nuestra patria el que no arraigase en ella la herejía durante el siglo XVI, y comprendo, aplaudo y hasta bendigo *la Inquisición* como fórmula del pensamiento de *unidad* que rige y gobierna la vida nacional a través de los siglos, como hija

del espíritu genuino del pueblo español, y no opresora de él *sino en contados individuos y en ocasiones rarísimas*» (1). Con cuyo último párrafo cae por su base — sin que lo advierta la vehemencia juvenil y el *trop de zèle* de Menéndez Pelayo — toda la defensa del Santo Oficio, pues no podrá olvidarse jamás que una injusticia hecha a uno solo es una injuria inferida a todos...

Pidal, encarnizado defensor del tomismo a ultranza, merece también suaves y amistosos vapuleos del joven y ardiente defensor de Menéndez Pelayo, que no cree que en el tomismo esté toda la verdad, y que acude a Séneca, a Averroes, a Maimónides, a Lulio, a Vives, a Fox, a Suárez y a algunos más, «sin desdeñar, no obstante, la escolástica».

Con D. José del Perojo, amigo y conmilitón del Sr. de la Revilla — «como si dijéramos *el de la ardiente espada* o *el de la triste figura*» (2) — acomete luego. Desde Venecia tunde la pavana al primer introductor de Kant en España, al que

---

(1) *La Ciencia Española*, VI, pág. 232.
(2) *La Ciencia Española*, tomo II, cap. II, pág. 41.

luego había de fundar el gran periódico gráfico *Nuevo Mundo,* descendiendo de las alturas de la especulación metafísica a las realidades de la vida práctica. El segundo volumen de *La Ciencia Española* casi enterito lo ocupó Perojo, a quien desde la ciudad de las góndolas y de los canales fustiga Menéndez Pelayo con reiterada vehemencia.

El quinto capítulo es una magistral monografía de la *Antoniana Margarita*, de Gómez Pereira—reconocido aun por los sabios extranjeros como un evidentísimo precursor de Descartes—; estudio dedicado a D. Juan Valera y que constituye lo más selecto y fino de *La Ciencia Española*. Un breve ensayo sobre la patria de Raimundo de Sabunde revela las dotes de investigador que ya latían en Menéndez Pelayo, y termina el segundo volumen con una carta abierta a D. Alejandro Pidal: *Instaurare omnia in Cristo*.

El tercer volumen comprende un magnífico discurso sobre Raimundo Lulio, pronunciado en 10 de mayo de 1884 en el Instituto de Palma de Mallorca, que rebosa de efusiva admiración al sutil maestro; una poética traducción del *Himno*

de la Creación para la mañana del gran ayuno, por el poeta hebraico-hispano del siglo XII, Judah Leví, que es como un paréntesis lírico en la vehemencia a veces atropellada de las polémicas; una *Contestación a un filósofo tomista,* que es el P. Fonseca, y una réplica al mismo padre, que era un empedernido escolástico de los que hablan de «las especies inteligibles» como de algo animado y semoviente que no admitiera otra refutación que la dada por Diógenes el Cínico a Zenón Eleático... «No hay que pararse en la corteza—afirma Menéndez Pelayo contra el escolasticismo intransigente—: Aristóteles, que tanto maltrata a Platón, es quien más le explota; Luis Vives, que tanto maldice de Aristóteles, toma de él cuanto le viene en talante. En esta cuestión es casi imposible que el P. Fonseca y yo nos entendamos. Su Aristóteles es muy distinto del Aristóteles mío. El suyo es el tradicional, el que leía Santo Tomás, el que se leía en las escuelas, y ya es sabido que, para los escolásticos, Platón y Aristóteles eran a modo de dos gallos ingleses envueltos en continua pelea. Pero hoy ¿quién niega que *Aristóteles depende estrictamente de*

Platón, como ha dicho el docto alemán Lange en su *Historia del Materialismo?* De tal modo que, sin conocer antes a Platón, no se comprendería ni poco ni mucho la doctrina de Aristóteles» (1).

He aquí la labor polémica de Menéndez Pelayo, que concluye cuando comienza su labor de erudito, es decir, en el *Inventario bibliográfico de la Ciencia española.* Noble, ardoroso y vehemente, no es extraño que a veces rebasara los límites de la equidad y de la serenidad que ha de imponerse todo historiador, aunque sea contemporáneo. Pero disculpémosle pensando que todo ello provenía de un santo celo por la Iglesia católica, a la cual se rendía como hijo sumiso y fiel. *Zelus domus tuœ comedit me et opprobia exprobantium tibi ceciderunt super me...*

La Ciencia moderna, sin duda, ha de tomárselo en cuenta; pero, al fin y al cabo, si no quedara como un historiador científico, siempre quedaría como un historiador eclesiástico. Podemos impugnar muchas, casi todas sus afirmaciones; pero la esencia de su genio de historiador permanece

---

(1) *La Ciencia Española,* tomo III, pág. 61.

inmutable. Puede él contestarnos como aquel Falereo, que vió al populacho derribar una por una las estatuas que le había ido erigiendo espontáneamente:

— Podéis echar a tierra mis imágenes, mas no podéis abatir mi virtud.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS FUNDAMENTALES...

La Ciencia Española (polémicas, proyectos y bibliografía), con un prólogo de don Gumersindo Laverde Ruiz, catedrático de la Universidad de Santiago; 3.ª edición, corregida y aumentada. Madrid, imprenta de A. Pérez Dubrull, 1886-1889.

Tres tomos (52, 54 y 64) de la COLECCIÓN DE ESCRITORES CASTELLANOS.

OBRAS MENORES...

De Re Bibliographicâ.

Mr. Masson redivivo.

Monografías expositivo-críticas.

La Filosofía española.

Mr. Masson redimuerto.

Los Heterodoxos españoles, págs. 65-73, 132-140, 262-272, 294-301, 392-403, 459-466, 485-491 y 522-529 del tomo VIII (año 1876) de la REVISTA EUROPEA.

III

Labor de Academia.

Menéndez Pelayo, en la Academia, fué uno de los académicos más laboriosos y activos. Sólo la preparación de la *Antología de poetas hispano-americanos* y la de las *Obras completas de Lope de Vega* bastarían para justificar su ingreso en la Real Academia Española. Estas dos tareas representan muchos años de estudio acrisolado y de investigación ardorosa; pero hay además una labor que Menéndez Pelayo nunca olvidó. Fué la contestación a los discursos de los académicos entrantes que se acogían bajo su paternal patrocinio. Algunos discursos — como los de contestación a Pérez Galdós, a Rodríguez Marín, a Menéndez Pidal, a Mena y Casti-

llo, etc. — son memorables, y más que discursos circunstanciales e improvisaciones de momento, representan verdaderos estudios literarios; sobre todo el de Pérez Galdós es una maravilla de acierto crítico.

En los últimos momentos de su vida tuvo un gesto admirable y gallardo, un gesto de escritor comprensivo y de crítico amplio y moderno, un gesto de juventud y de porvenir. Cuando la mayoría de los académicos se mostró hostil y adversa al ingreso de la ilustre Condesa de Pardo Bazán en la Academia, Menéndez Pelayo, arrostrando acaso iras de compañeros y de admiradores, votó en favor de la admisión de la novelista de *Los Pazos de Ulloa*. Admirador de los méritos literarios y menos reaccionario en procedimientos que sus colegas de Academia, Menéndez Pelayo no ha sido de los que han recusado a la Sra. Pardo Bazán para compañera de trabajos académicos, y realmente, la belleza del gesto es una linda postura antes de morir... Porque el caso de los académicos repudiando a la Sra. Pardo Bazán es verdaderamente inaudito. Es inconcebible que la Academia se niegue a

recibir en su vasto seno maternal a una insigne escritora, no por considerarla dotada de pocos méritos literarios — que sería irrisorio refiriéndose a quien ha escrito *La Madre Naturaleza*— para ocupar el codiciado sillón de los *inmortales* consagrados, sino por ser mujer. Que es como si le negaran a uno la entrada en un teatro, aun entregando la cantidad estipulada, por el capcioso pretexto de no ser bastante apolíneo.

La condición de mujer es cualidad adjetiva y no sustancial para la inteligencia; y a menos que los académicos profesen la singular teoría de que las mujeres no tienen alma— como se discutió en el Concilio de Trento—, no pueden incurrir en la necedad en que han incurrido, sin duda momentáneamente dementados.

¡Estamos en el país de la galantería tradicional y esto se tolera!... En Francia, con ocasión, si no análoga, aproximada a esto, discutiéndose la influencia que las mujeres ejercían en las elecciones de académicos, Ernesto Renán opinó con gran sentido crítico en disculpa de ellas: «Hasta la opinión muy difundida de que las mujeres ejercerían cierta influencia en las elecciones cesa

de ser un reproche contra la Academia. Ignoro completamente si el hecho es fundado, y me inclino a creer que es uno de los comadreos procedentes de la necesidad que tienen las personas del exterior de suponer que pasa algo entre bastidores; pero si fuese cierto, no encontraría en ello nada que no fuera muy natural. Sería de fijo inoportuno que, en un Cuerpo científico, las mujeres se metiesen a juzgar el mérito de los candidatos, químicos, físicos, filólogos, etc.; pero desde el momento en que se trata de tacto y de gusto, pueden y hasta deben tener una opinión. Las mujeres han tomado una gran parte en la formación del espíritu francés; hay que dejarles el derecho de contribuir en la forma que les corresponde a la mejora del gusto y de las costumbres» (1).

En Francia pensaba así uno de los más eminentes espíritus del siglo pasado y de los que menos concomitancias podían tener — por su vida austera—con el soplo de frivolidad galante que en ese país circula. En cambio, aquí, donde

(1) *Essais de morale et de critique,* págs. 343 y 344. 2e édition. Levy Frères. Paris, 1860.

nos consideramos el país galante por antonomasia, los que se estiman como espíritus selectos en las letras españolas, los cultivadores de las buenas maneras, los depositarios de las tradiciones de la raza, rechazan a una escritora. ¡En España, la tierra del Tenorio!...

El español siempre ha vivido de amor platónico, contento con servir a su dama en galanteos tan inverosímiles como las reverencias de los chinos. Nuestros grandes amores han sido casi siempre amores más imaginativos que realistas. La galantería española, cuando no avanza hasta los desenfrenos pasionales de D. Juan Tenorio, se detiene respetuosamente en los umbrales de la adoración, sin llegar a pisar el templo del éxtasis. Los galanteos de Palacio son muy significativos en este orden.

Cuando el Marqués de Villars, en noviembre de 1679, instigado por el ministro de Negocios Extranjeros de Luis XIV, Arnauld de Pomponne, a poco caído en desgracia, comenzó a redactar sus *Memorias de la Corte de España,* (1), se que-

(1) MARQUIS DE VILLARS: *Mémoires de la Cour d'Es-*

dó muy sorprendido de estos galanteos palatinos. «Esta galantería del Palacio parece menos un placer que una enfermedad desarrollada entre los cortesanos. El comercio es muy imaginario... Consiste en ir a mostrarse en un lugar cualquiera delante de Palacio, y allí, dentro de una carroza, hablar por señas a una amante que responde del mismo modo desde una ventana muy alta. Los momentos más felices se encuentran en ciertos días de ceremonias públicas, en que puede uno acercarse a su dama y hablarle ante todo el mundo. Siempre había sido permitido obsequiar así a las damas de honor de la Reina a quienes se pretendía para matrimonio; pero en el reinado presente, las damas de la Reina tienen galanteadores casados y reciben regalos de trajes y de pedrerías, continuos obsequios, platos que les hacen servir, y algunas hasta han llegado a tomar sumas considerables de dinero de estos amantes. En el viaje de Aranjuez, los Duques de

---

pagne de 1679 a 1681; publiés et annotés par M. A. Morel-Fatio et précédés d'une introduction par M. le Marquis de Vogüé, membre de l'Institut. Librairie Plon. Paris, MDCCCXCIII.

Medina-Sidonia y de Montalvo, ambos casados, llevaron sus galanterías aún más lejos, porque, no teniendo cargos en la Corte que pudiesen darles pretexto para estar siempre delante, tuvieron siempre allí dos gentileshombres con equipajes, cocineros, vajilla de plata y todo lo que podía contribuir a regalar a sus señoras y servirlas.»

En la primera parte de este relato, ¿no nos parece ver una fotografía moral del novio español de todos los tiempos, rendido y obsequioso?... ¿No creemos ver retratado allí un actual pretendiente de la clase media que aspira a la mano de su dama con tan gentiles muestras de afecto y tan gratas zalemas de galantería?...

El Duque de Frías, en *Deleites de la discreción* (Madrid, 1749), nos da encantadores detalles menudos de este antiguo género de galantería. Los galanteadores de las damas de la Reina, mientras estaban en el galanteo, tenían permiso para estar cubiertos ante el Rey, aunque no fueran grandes de España. Es decir, que se convertían por obra del amor en improvisados *grandes de España*. Madame d'Aulnoy, en su *Voyage d'Espagne*, nos lo demuestra bien paladinamen-

te. Una relación de la etiqueta de la fiesta del Rey, que data del siglo XVII, nos viene a decir lo mismo: «Ante el Rey no sólo todos los grandes se cubren, sino todos los hombres de calidad, con tal de que tengan alguna dama cerca de la cual pueden estar dos y tres en los días y en las horas en que se la ve, lo que llaman *dar lugar,* teniendo las damas sobre los que se dedican a ellas el mismo derecho que el Rey sobre sus súbditos, que es hacerles cubrir. Y como eso ocurre con frecuencia, se reunen muchos esos días y excusan esta *incivilidad* diciendo que están EMBEBIDOS; es decir, tan distraídos o tan atentos a contemplar esa dama que no piensan que están ante la Reina» (1). A tal punto llegaban los galanteos que Felipe IV, hombre tan galante, hubo de ponerles coto. El Duque de Linares ha sido desterrado de la Corte por haber galanteado y hablado con los dedos en la capilla de Palacio, lo cual se hacía con bastante frecuencia. Esta sentencia ha sido seguida de un decreto muy

(1) BERTAUT: *Journal du voyage d'Espagne,* pág. 291. París, 1869.

riguroso para las damas, prohibiendo en general *todos los galanteos en Palacio*. Así comunicaba Le Vasseur al Rey en 25 de mayo de 1668. (*Affaires étrangers; Correspondance d'Espagne,* volumen LXXIV, fol. 88 vuelto.)

Si así se hacía en Palacio, ¿cómo se haría en las restantes clases de la sociedad? En la aristocracia y en la clase media la galantería era la primera norma de conducta. Sin galantería no se podía vivir...

Hoy esta antigua galantería, tan grata a nuestros padres, se va perdiendo. Mejor dicho, se ha perdido ya irremisiblemente. No analicemos ahora por qué.

Se pierde, ¿quién lo duda? La prueba es que la pierden hasta los mismos académicos, que están obligados a conservarla por respeto a la herencia psicológica. Porque la Academia (tal como la entiendo yo y creo que no la entiendo mal) no ha de ser sólo un laboratorio de Filología donde se guarden *los cultivos* de etimologías y se escudriñen las toxinas y microbios del lenguaje; ha de ser muy especialmente un elegante salón literario, el primer salón literario del reino,

donde se discuta arte, política, filosofía, religión; se derroche buen gusto y erudición y hasta se cultive el madrigal. La Academia podría ser el salón que «diera el tono» si rancios prejuicios no estorbasen a este concepto delicado y sutil de la Academia como centro donde se congreguen los más selectos espíritus — y al decir espíritus, claro está que ya no hacemos distinción de sexos — para discutir y conversar *de omni re scibili et quibusdam aliis*...

Las mujeres finas y cultivadas por el estudio podrían ser ornamento y aun complemento indispensable de este salón, donde burla burlando se haría Filología, y las sesiones solemnes de cátedra aparatosa de Gramática alternarían con las sesiones ligeras y movidas de discusión y de *causerie*... Las más distinguidas escritoras de España, como la Condesa de Pardo Bazán, D.ª Blanca de los Ríos, D.ª Sofía Casanova, D.ª Carmen de Burgos, la Marquesa de Ayerbe, etc., constituirían entonces el elemento fino y delicado de la Academia Española, que no ha de quedar sólo para puerto de refugio de provectos y venerables varones...

El gesto romántico de Menéndez Pelayo votando en pro del ingreso de D.ª Emilia Pardo Bazán en la Academia Española, bien vale por todos los trabajos de erudición con que cooperó, como pocos, al esplendor de la docta institución.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS FUNDAMENTALES....

Obras de Lope de Vega, publicadas por la Real Academia Española:

Tomo I: 722 páginas de *Observaciones preliminares*. Madrid; Establecimiento tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra, 1890.

Tomo II: 86 páginas de *O. P.* Madrid, 1892.

Tomo III: 80 páginas de *O. P.* Madrid, 1893.

Tomo IV: 126 páginas de *O. P.* Madrid, 1894.

Tomo V: 74 páginas de *O. P.* Madrid, 1895.

Tomo VI: 140 páginas de *O. P.* Madrid, 1896.

Tomo VII: 257 páginas de *O. P.* Madrid, 1897.

Tomo VIII: 148 páginas de *O. P.* Madrid, 1898.

Tomo IX: 182 páginas de *O. P.* Madrid, 1899.

Tomo X: 168 páginas de *O. P.* Madrid, 1899.

Tomo XI: 162 páginas de *O. P.* Madrid, 1900.

OBRAS FUNDAMENTALES....

Tomo XII: 184 páginas de *Observaciones preliminares.* Madrid, 1901.

Tomo XIII: 148 páginas de *O.* P. Madrid, 1902.

Antología de poetas hispano-americanos, publicada por la Real Academia Española. Cuatro volúmenes:

Tomo I: 182 páginas de *Introducción.* Madrid; Establecimiento tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra, 1893.

Tomo II: 188 páginas de *Introducción.* Madrid, 1893.

Tomo III: 300 páginas de *Introducción.* Madrid, 1894.

Tomo IV: 218 páginas de *Introducción.* Madrid, 1895.

OBRAS MENORES...

Discursos leídos ante la Real Academia Española en la pública recepción del doctor D. Marcelino Menéndez Pelayo. Maroto e Hijos. Madrid, 1881.

«La Poesía mística en España.» Contestación de D. Juan Valera.

Discurso pronunciado en la Real Academia de la Historia. — REVISTA DE MADRID, página 23 del tomo V (Año 1883).

Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Dr. D. Marcelino Menéndez Pelayo. V. Sáiz. Madrid, 1883.

«La Historia considerada como arte bello.» Contestación de D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe.

Discursos leídos ante la Real Academia

OBRAS MENORES...

Española en la recepción pública del reverendo P. Miguel Mir. Madrid, Tipografía del Asilo de Huérfanos, 1886. Contestación de Menéndez Pelayo.

Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de D. Eduardo de Hinojosa. Madrid, Tipografía del Asilo de Huérfanos, 1889.

«Francisco de Vitoria y los orígenes del Derecho de gentes.» Contestación de don Marcelino Menéndez Pelayo.

Discurso leído en la Universidad Central en la inauguración del curso de 1889 a 1900, por el Dr. D. Marcelino Menéndez Pelayo. Madrid, G. Estrada, 1889.

«De las vicisitudes de la Filosofía platónica en España.»

La música de la lengua castellana. Contestación al discurso académico de don Francisco Asenjo Barbieri. LA ESPAÑA MODERNA, tomo XXV, pág. 39.

Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en la recepción pública del Dr. D. Marcelino Menéndez Pelayo. Madrid, Fe, 1891.

«De los orígenes del criticismo y del escepticismo, y especialmente de los precursores españoles de Kant.» Contestación de D. Alejandro Pidal.

Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en la recepción pública del Excmo. Sr. D. Antonio de Mena y Zorrilla. Madrid, Imprenta del Asilo de Huérfanos, 1892.

OBRAS MENORES...

«Sobre la crisis actual de la moral.» Contestación de Menéndez Pelayo.

Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Excelentísimo Sr. Marqués de Pidal. Madrid, Imprenta del Asilo de Huérfanos, 1895. Contestación de Menéndez Pelayo.

Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del señor D. Benito Pérez Galdós. Madrid, Viuda e Hijos de Tello, 1897. Contestación de Menéndez Pelayo.

Menéndez Pelayo, Pereda y Pérez Galdós:

Discursos leídos ante la Real Academia Española en las recepciones públicas del 7 y 21 de febrero de 1897. Madrid, Viuda e Hijos de Tello, 1897.

Discursos leídos ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en la recepción pública del Excmo. e Ilmo. Señor D. Marcelino Menéndez Pelayo el día 31 de marzo de 1901. Madrid, Fortanet, 1901.

Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública de don Ramón Menéndez Pidal. Madrid, Viuda e Hijos de Tello, 1902. Contestación de Menéndez Pelayo.

Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes. Discursos leídos el día 24 de mayo de 1902 en el solemne festival académico celebrado en el Palacio de la Biblioteca y Museos Nacionales, con motivo de la

OBRAS MENORES...

entrada en la mayor edad de S. M. el Rey D. Alfonso XIII. Madrid, Imprenta de los hijos de M. Ginés Hernández, 1902.

Solemne velada en conmemoración del XXV aniversario de la coronación de Su Santidad León XIII en el Círculo-Patronato de San Luis, el 3 de marzo de 1903. Discurso de Menéndez Pelayo. Madrid, Fortanet, 1903.

Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Excelentísimo Sr. D. José María Asensio y Toledo. Madrid, Imprenta Alemana, 1904. «Interpretaciones del *Quijote*.» Contestación de Menéndez Pelayo.

Discurso del Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo en la solemne fiesta literaria celebrada en el Museo Provincial de Bellas Artes para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la definición dogmática del Misterio de la Inmaculada, el día 5 de diciembre de 1904. Sevilla, Izquierdo y C.ª, 1904.

Discurso acerca de Cervantes y el «Quijote», leído en la Universidad Central en 8 de mayo de 1905. (De la REVISTA DE ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS. Madrid, 1905.)

Dos palabras sobre el Centenario de Balmes. (Discurso leído en la sesión de clausura del Congreso Internacional de Apologética, el día 11 de septiembre de 1910.) Vich, Imprenta de G. Portivella, 1910.

Discurso leído por el Excmo. Sr. D. Marce-

OBRAS MENORES...

lino Menéndez Pelayo, Delegado regio, en el acto de la inauguración del monumento a D. José María de Pereda: 23 de enero de 1911. Santander, Imprenta, litografía y encuadernación de la viuda de F. Fons, 1311.

Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. D. Adolfo Bonilla y San Martín. Madrid, Fortanet, 1911. Contestación de Menéndez Pelayo.

Discurso leído por D. Marcelino Menéndez Pelayo, presidente de la Subcomisión del Certamen Eucarístico, en la fiesta literaria del 26 de junio de 1911. Madrid, Imprenta de la *Revista de Archivos,* 1911.

IV

Labor de poesía.

Los que tienen ideas limitadas y estrechas acerca de la poesía, no reconocen en Menéndez Pelayo numen ni alientos de poeta. Pero los que tienen de la poesía un concepto elevado y noble, reconocerán en Menéndez Pelayo, si no un técnico, un poeta admirable de inspiración, un poeta a lo Leopardi.

Le ocurría al sabio polígrafo lo que le está ocurriendo ahora a D. Miguel de Unamuno: las dotes de humanista, de historiador y de erudito dañaban en Menéndez Pelayo a su fama como poeta, del mismo modo que sus dotes de pensador y de artista paradojal perjudican a Unamuno como lírico. No se concebía que quien

había escrito con pluma vigorosa y máscula la *Historia de los heterodoxos españoles,* entonase febles endechas a Glicera o a Filis; como no se comprende que quien ha escrito la *Vida de Don Quijote y Sancho,* escriba el *Rosario de sonetos líricos.* Pero yo sostengo que Menéndez Pelayo fué más poeta que lo es Unamuno, como lo demostró bien cumplidamente, no sólo en versiones tan acertadas como la del *Himno de la Creación;* en paráfrasis admirables, como el *Himno a Dionysos;* en imitaciones fidelísimas y elegantes, como la *Imitación del Himno a Grecia de Lord Byron (Canto III del* Don Juan); sino en poesías originales, como *La galerna del Sábado de Gloria, Nueva Primavera, Epístola a Horacio* y *A Lidia.*

Es admirable el espectáculo que ofrece como poeta Menéndez Pelayo, católico militante, cantando con inspiración pagana y fijando sus preferencias de imitador y de rapsoda en la antigüedad clásica, en el himno a Dionysos, en El Oaristys, en la oda de Erina de Lesbos. He aquí la mágica virtud del poeta: aceptar como vate, como inspirado, como artista, lo que acaso re-

chaza y abomina como pensador. He aquí la divina irresponsabilidad del poeta, tan estupendamente expuesta por D. Juan Valera en pasajes predilectos de sus libros de crítica y por el mismo Menéndez Pelayo en el estudio dedicado a Enrique Heine.

¿Que no domina la rima Menéndez Pelayo, y como el ritmo y la rima son los dos pilares de la Poesía, derribado el uno, cae por tierra el edificio?... ¡Ah, los que tal dicen de modo inconsulto y banal, aceptando la opinión recibida sin confrontarla antes con su propio juicio, de fijo no han leído cierto soneto de Menéndez Pelayo, que es un modelo de buen rimar!

He aquí el soneto, de gran estro y de excelente factura :

¡Salve, titán de la cerúlea frente,
sobre el materno piélago dormido :
de tu férrea garganta amo el rugido,
amo la espuma de tu faz hirviente!...
A tus arrullos despertó mi mente;
mi primer llanto resonó en tu oído,
eduqué con tu indómito alarido
mi brava condición y ánimo ardiente.
Mas ni el fragor de tus tormentas calma
esta pasión que vencedora rige

mi fe, mi corazón y mi albedrío,
ni darán tus sonrisas paz al alma,
hasta que en ti sus claros ojos fije
la eterna luz del pensamiento mío (1).

Otro soneto hay en el libro *(En Roma)* que, si no tan perfecto técnicamente, es no menos rico de inspiración y de musicalidad. ¿Y los cuartetos *A Epicaris?* ¿Qué me dicen a eso los descontentadizos?...

Yace en la mente del Señor oculta
de la hermosura la fecunda idea;
que nuevas formas incesantes crea,
y, a par que las acendra, las sepulta.
Todo nació de allí; y en raudo vuelo,
girando en torno de la luz fulgente,
cual pabellón inmenso y esplendente
tendió sus alas al etéreo cielo.

Y las estrofas finales de esta composición no desmerecen de cualquier estrofa de uno de esos poetas expertos en el difícil «arte de trovar».

Tú fuiste, amada, el símbolo elegido
para encarnar mi pensamiento vago,
pues de tus ojos el celeste halago
rompió la niebla en que yací dormido.

---

(1) *Odas, Epístolas y Tragedias,* pág. 57.

Yo en ellos vi, como en espejo puro,
nunca empañado por terreno aliento,
la imagen de mi propio pensamiento,
ya más alto y tenaz, menos oscuro.
Vi la belleza en tu gallarda forma
traducirse por fin, libre de velos,
y el saber de la tierra y de los cielos
dar a tu rostro perfección y norma.
Y como el griego artífice valiente,
al contemplar el mármol que labrara,
ardió en amor de la hermosura rara,
cifra de la grandeza de su mente;
yo, mi dulce Epicaris, extasiado,
ante la gracia que en tu faz reía,
en ti adoré la plácida armonía,
el *ritmo* universal de lo creado (1).

Y si pasamos a los poemas en que el poeta ha desdeñado el fácil y mentido halago de la rima, ¿cómo desconocer, a no tener los ojos de la mente tupidos de ignorancia y la voluntad obtusa de perversa intención, el encanto de ciertas estrofas de la *Epístola a Horacio,* de la oda *A Lidia* y de *La Galerna del Sábado de Gloria?* En poesía moderna, sólo algunas estrofas del poeta de Recanati rivalizan con los cantos inspirados y austeros de Menéndez Pelayo, que

(1) *Odas, Epístolas y Tragedias*, págs. 15 y 16.

tantas semejanzas tiene con Leopardi. No olvidemos que éste además, y acaso antes que poeta, fué un erudito admirable, un filósofo y un sabio precoz, como Menéndez Pelayo. A los quince años el solitario de Recanati se carteaba con helenistas alemanes que le daban beligerancia de compañeros.

Como poeta, Menéndez Pelayo tiene derecho a la veneración de la posteridad, digan lo que quieran muchos seudopoetas gárrulos que no entienden de otra poesía sino de la poesía a golpe de tambor y platillos. La poesía es para Menéndez Pelayo — como para el Marqués de Santillana — *un celo celeste, una affection divina, un insaciable cibo del ánimo.* No es la suya poesía afeminada y feble que se pegue a los oídos. Distínguese la poesía del gran polígrafo santanderino por las mismas cualidades que él ensalza en Ausias March: «... cierta gravedad filosófica que a veces degenera en pedantesca, cierta mayor pureza y elevación en los afectos, la mayor importancia concedida a lo externo o subjetivo sobre el mundo exterior, y los elementos pintorescos, la preponderancia del análisis psicológico

y cierta varonil y medio ascética tristeza» (1).

Algunos de sus poemas, no obstante, tienen, a más de su valor intrínseco, una virtualidad retórica y fonética suficiente para halagar el oído y resbalar en él como suave música... ¿Quién no recuerda con placer las primeras estrofas de la *Epístola a Horacio*, que leyó siendo estudiante?...

Yo guardo con amor un libro viejo,
de mal papel y tipos revesados,
vestido de rugoso pergamino;
en sus hojas doquier, por vario modo,
de diez generaciones escolares,
a la censoria férula sujetas,
vese la dura huella señalada.
Cual signos cabalísticos, retozan
cifras allí de incógnitos lectores;
en mal latín sentencias manuscritas,
escolios y apostillas de pedantes,
lecciones varias, apotegmas, glosas,
y pasajes sin cuento subrayados;
y *addenda*, y *expurgada*, y *corrigenda*,
todo pintado con figuras toscas,
de torpe mano, de inventiva ruda,
que algún ocioso en solitarios días
trazó con tinta por la margen ancha
del tantas veces profanado libro.

(1) *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo II, vol. II, cap. V, pág. 211.

¿Hay nada más sereno y más austero que estos versos de una inspiración sobria y contenida, sin falsas afectaciones de lirismo? Verdaderamente esta es la belleza clásica, la belleza que cantaron Platón y Plotino y que Anacreonte y Horacio realizaron... La belleza clásica es la que Menéndez Pelayo ansía y procura alcanzar en sus límites. Así dice en la misma *Epístola a Horacio:*

¡Vengan dáctilos, yambos y pirriquios,
caldeados en tu fragua creadora!
¡Que se entrelacen en vistoso juego
y dancen cual las ninfas desceñidas
que con rítmico pie baten la tierra!...
La antigüedad con poderoso aliento
reanime los espíritus cansados,
y este hervir incesante de la idea,
esta vaga y mortal melancolía
que al mundo enfermo y decadente oprime,
sus fuerzas agotando en el vacío,
por influjo de niebla maldecida
que abortó el Septentrión, ante su lumbre
disípese otra vez...

El ideal de Menéndez Pelayo, como el ideal de Andrée Chenier, de Manzoni y de Leopardi, es la poesía pulida como un mármol de Paros...

Es la belleza pagana fundida en el mármol cristiano:

> la encarnación cristiana de la Virgen María
> en el mármol pagano de la Venus de Milo,

como ha dicho un poeta contemporáneo, Francisco Villaespesa.

En la misma *Epístola a Horacio,* que es como su formulario poético, expresa esta idea Menéndez Pelayo en esta forma:

> ¡Esa la ley será de la armonía!...
> Así León los rasgos peregrinos
> con el molde encerraba de la Venus;
> así despojos de profanas gentes
> adornaron tal vez nuestros altares
> y de Cristo en basílica trocóse
> más de un templo gentil purificado.

En magnífica síntesis final dice así:

> ... Sobre las ruinas,
> triunfante se ha de alzar el libro viejo
> de mal papel e innúmeras erratas
> que con ardor en mis estantes guardo.

Yo recuerdo que en estos días subsiguientes a la muerte de Menéndez Pelayo se dijo con desdén que, así como el maestro guardaba con amor un libro viejo, así nosotros los jóvenes guarda-

ríamos los suyos como libros viejos también que ya no queríamos leer... No es cierto, no; la juventud estudiosa y seria no desdeña al maestro. Podrá desdeñarlo esa juventud vacua y petulante formada en Alemania, contra la cual ya se desató impersonalmente el maestro, cuando protestó del arte tudesco, poniendo enfrente el claro y brillante arte latino, hecho de sol y de ondas azules del Mediterráneo...

¡Lejos de mí las nieblas hiperbóreas!
¿Quién te dijera que en la edad futura
de Teutones y Eslavos el imperio,
en la ley, en el arte y en la ciencia,
nuestra raza latina sentiría
y que nombres por ti no pronunciables,
porque en tu hermosa lengua mal sonaran,
el habla de los dioses enturbiando,
tu nombre borrarían?

No es este áspero y bárbaro sentido estético de Germania el que predica Menéndez Pelayo. Es aquella estética límpida y nítida que Platón, Plotino y León Hebreo predicaron y practicaron.

De Platón retiene todo, hasta la teoría de la reminiscencia o de la vida anterior, la más poética teoría que jamás filósofo alguno lanzó al

mundo; de donde deriva por derecho cauce la teoría de las almas gemelas, hito y aspiración confesada o implícita de todo espíritu de poeta que sólo en ella encuentra una justa explicación a sus sensaciones de vacío, de soledad, de destierro en el mundo, de alejamiento terrenal, de pesadumbre de esta vida y presentimiento de otra mejor...

¡Cuán poéticamente expone esta teoría Menéndez Pelayo! Sólo Sully-Prudhomne ha alcanzado estas alturas de poesía filosófica e idealista, de poesía que, dejando las asperezas de la vida real, asciende a superiores regiones de luz y en ellas se mece.

He aquí cómo describe Menéndez Pelayo esta teoría de las *almas gemelas:*

> Almas afines hay; bésalas Jove
> y las manda a la tierra con el sello
> de divina hermandad. Si no se encuentran,
> largo gemido y sempiterno lloro
> es su vida mortal. De vanos sueños
> se enamoran tal vez; el aire abrazan,
> y entre el error y la esperanza viven.
> Una forma, una línea o un sonido
> les trae el eco de su dulce hermana,
> sombra falaz que sujetar ansían
> y que cual humo leve desparece

en la nocturna lobreguez. La idea
del vago bien, la forma no encarnada,
místico amor, reminiscencia acaso,
vive inmortal en la memoria suya,
y es tormento no más..

(A Lidia.)

La reencarnación — dogma budista a la vez filosófico y poético — no ha tenido cantor más inspirado que el polígrafo de *La Ciencia Española*. En este punto él, que tanto execraba a los germanos (por lo menos cuando era joven y vehemente), parece más bien un poeta germánico. Estas melodías son más bien del Septentrión que del Mediodía...

Porque esa unión y alianza íntima de la Metafísica y de la Poesía, que aquí en nuestros climas, donde todo se fía a la inspiración del momento y nada a la reflexión, no se concibe, es precisamente lo que caracteriza la poesía germánica. Renán, muy poco después de salir del Seminario, cuando aún estaba imbuído de erudición y de filosofía germánicas (luego había de modificar su *germanofilia),* escribía a su hermana Enriqueta en 22 de septiembre de 1845:

«Lo que me encanta más en ellos es la feliz

combinación que han sabido operar de la poesía, de la erudición y de la filosofía; combinación que constituye, a mi juicio, al verdadero pensador. Herder y Gœthe son aquellos en quienes yo encuentro la más alta realización de esta alianza; así, pues, atráese principalmente mis simpatías» (1).

Parece ésta una definición de la poesía de Menéndez Pelayo que, si en nuestro país latino choca por esta alianza de erudición, metafísica y lirismo, en Alemania—y en general, al Norte de Europa—no sorprendería... Pero aun los más reacios a este género de poesía han de sentirse sugestionados por el avasallador lirismo que, pese a todas las capas superpuestas de erudición, despunta en ciertos pasajes poéticos de Menéndez Pelayo, tales como éste:

> Puso Dios en mis cántabras montañas
> auras de libertad, tocas de nieve,
> y las venas del hierro en sus entrañas;

---

(1) HENRIETTE RENAN-ERNEST RENAN: *Lettres intimes,* précédées de *Ma Sœur Henriette,* 1842-1845; 7.ª edición. (Calmann-Levy, editores. París, 1892.)

tejió del roble de la adusta sierra,
y no del frágil mirto su corona...

(La Galerna del Sábado de Gloria, 1876.)

Remember y *Sus ojos* son dos poesías que demuestran (y también puede contarse entre ellas *A Aglaya)* que no era extraño el espíritu del sabio al dulce impulso del amor,

che muove il sole e l'altre stelle,

y que también, cuando quiere, Menéndez Pelayo sabe herir la cuerda sensible del *lirismo* personal e íntimo y que puede decir, como el poeta latino:

Agnosco veteris vestigia flammæ...

Poesías de erudito son más bien las traducciones y paráfrasis, entre las cuales destacan como principalísimas *Los siete sobre Tebas,* de Esquilo, y *El Oarystis,* de Teócrito.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS FUNDAMENTALES....

Odas, Epístolas y Tragedias, con una introducción de D. Juan Valera. Madrid, Imprenta de la Viuda e Hijos de M. Tello, 1906.

Un tomo (el V) de la COLECCIÓN DE ESCRITORES CASTELLANOS, LXXXV + 330 páginas de 125 × 70 milímetros. La introducción, de Valera, está fechada en Lisboa el 24 de diciembre de 1882. Comprende el tomo 35 poesías, además de las versiones de *Los siete sobre Tebas* y del *Prometeo encadenado,* de Esquilo.

Es la segunda edición. La primera lleva fecha de 1883, y reproduce, parcialmente, los:

Estudios poéticos, con una carta-prólogo del Excmo. Sr. Marqués de Valmar; 2.ª edición. Fe, Madrid-Sevilla, 1879.

Un tomo de XXXII + 238 páginas de 134 × 77 milímetros. (31 versiones y 12 poesías originales.) La carta-prólogo lleva fecha de 16 de mayo de 1878.

OBRAS MENORES...

Una fiesta en Chipre (poesía). Almanaque de EL AVISO para 1876, página 46. Santander, 1876.

Paráfrasis de un himno griego de Sinesio de Cirene (poesía).

Oda de Erina de Lesbos a la diosa de la Fuerza (poesía). LA TERTULIA, páginas 14 y 346 del año 1876. Santander.

Himno de Prudencio en loor de los mártires de Zaragoza. (Traducción en verso castellano.)

Soneto. (Imitación de una anacreóntica griega.)

El enfermo, idilio de Chenier. (Traducción en verso castellano.) *Oda XII del libro I de Horacio.* (Traducción en verso castellano.) REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA, páginas 30, 122, 261 y 368. Santander, 1877.

Himno de la Creación para la mañana del gran ayuno. Poema de Judah Leví, poeta hebraico-hispano del siglo XII. Versión castellana. Palma de Mallorca, Imprenta de la Biblioteca Popular, MDCCCLXXV.

V

Labor de crítica.

I

Lo que constituyó el nervio y la fibra del espíritu de Menéndez Pelayo fué su tendencia de humanista y de estético. Lo que le apasionaba sobremanera era «el estudio de los cánones estéticos, sobreponiéndose a la preceptiva mecánica y conduciendo los espíritus a la esfera de lo ideal; la ley superior, que resuelve las particulares antinomias de clásicos y románticos, de idealistas y realistas; la crítica histórica, aplicada a la evolución de los géneros literarios; la metódica investigación de las literaturas comparadas, y, por resultado de ella, un espíritu de amplia com-

prensión y tolerancia, que no desdeña ninguna forma por ruda y anticuada, ni tampoco por insólita y audaz» (1).

En la época del Renacimiento, Menéndez Pelayo hubiera sido un Justo Lipsio o un Ericio Puteano, que eran los tipos intelectuales que más cuadraban a su alma de artista estudioso. Hubiera escrito tratados muy voluminosos en buen latín y con citas griegas acerca de la corrupción de las artes: *De corruptis artibus.* Hubiera sido mimado por algún monarca Mecenas que le hubiera puesto bajo su protección, con una renta vitalicia, y le hubiera nombrado lector de Palacio o cronista de las hazañas de su reinado. No ha sido jamás Menéndez Pelayo de esos eruditos detallistas, *puntillistas,* como diríamos hablando en términos técnicos de Pintura; de esos eruditos que escudriñan lo menudo y se asemejan en extremo a los ciegos que, a las veces, tiran un alfiler al suelo para divertirse en buscarlo...

Menéndez Pelayo fué siempre un erudito am-

---

(1) *Estudios de crítica literaria,* 4.ª serie, pág. 5.

plio y sin especializar; hasta creo recordar que protestó contra la especialización de los estudios humanísticos. Tuvo gestos luminosos de sembrador; arrojó simiente de ideas y no zizaña de noticias insignificantes; su propio estilo, severo, majestuoso y armónico (como los pliegues de una túnica antigua), acusa una progenie elevada, que no es precisamente la alcurnia de los ratones de biblioteca. Su ideal intelectual, su prototipo era sin duda el humanista, entendido tal como se entendía en el siglo XVI.

¿Quién sabe si quiso retratarse a sí mismo en aquel magnífico bosquejo que hizo de la figura del Dr. Camús en su discurso de inauguración del curso académico de 1899 a 1900 en la Universidad Central?... «Era (nos dice el maestro) el tipo más perfecto y acabado de lo que en otros siglos se llamaba un *humanista,* es decir, un hombre que toma las letras clásicas como educación *humana,* como base y fundamento de cultura, como luz y deleite del espíritu, poniendo el elemento estético muy por cima del elemento histórico y arqueológico, y relegando a la categoría de andamiaje indispensable, aun-

que enojoso, el material lingüístico» (1). Tal vez es ésta la clave del espíritu de Menéndez Pelayo, que mientras meditaba libros de aparato bibliográfico, como *Horacio en España,* se solazaba pensando en *Odas, Epístolas y Tragedias.*

Si su escuela crítica no era la crítica de la erudición menuda y detallista, menos aún era la de esta crítica patológica y clínica que modernamente se usa y que puso en boga el muy lamentable medicastro Max Nordau, al cual siguen, *non passibus equis,* el Dr. Toulouse y no sé cuántos doctores más; crítica que cree juzgar a un gran novelista diagnosticándole una enfermedad grave, y que a las sensaciones agudas las llama afecciones morbosas, y a las hiperestesias artísticas enfermedades incurables, acaso porque es incapaz de apreciar el misterio del don poético y el valor de la facultad de la inspiración.

La crítica literaria de hoy tiene ironías crueles. Llamar androginismo a la sensibilidad de Rous-

---

(1) *Ensayos de crítica filosófica,* págs. 11 y 12. Madrid, 1892.

seau y decir (como Pierre Laserre) que «Juan Jacobo se hace mujer» (1), porque se ahogaba en la extensión del Universo, como ha cantado Campoamor, es verdaderamente atentatorio a la serenidad de la crítica. No se puede impunemente insultar a un tan formidable escritor como Rousseau y llamarle «un fol androgyne» (2).

No era partidario Menéndez Pelayo de esta crítica patológica y ultramoderna; menos aún del sistema de esos *hipercríticos,* como él los llamaba, que escriben *in odium auctoris;* era partidario de una crítica serena y amplia que busca en el ambiente tanto como en el temperamento de un autor la explicación de una obra literaria. No creía que la vida, vista a través del temperamento, sola y exclusivamente, constituyese el arte; por eso protestó infatigablemente contra el naturalismo, que predicaba esa doctrina intransigente y cerrada y que proscribía en absoluto el alto

---

(1) «Il se couche sous l'univers comme pour en subir un immense frôlement. Et quels singuliers appels echappent à sa pamoison!» *(Le Romantisme français.)*

(2) *Le Romantisme français.* pág. 50.

vuelo de la inspiración libre y maniataba al artista...

Cuando Menéndez Pelayo comenzó a escribir sus *Estudios de crítica literaria,* el naturalismo estaba en vigor. Y frente a la ambiente degradación del Arte, él elevaba su protesta enérgica y rotunda de arte idealista. Todos los espíritus selectos de la época debatíanse en el terrible problema del naturalismo contra el idealismo; doña Emilia Pardo Bazán, Benito Pérez Galdós y *Clarín* estaban por el primero; Castelar, Valera y Menéndez Pelayo se decidían por el último. Pero había un puente, una línea de contacto, que era el realismo de Pereda, una especie de *real-idealismus* a lo Lotze — pero aplicado al Arte como éste lo aplicaba a la Filosofía — y en ese puente sentó sus reales Menéndez Pelayo, porque era la posición que más convenía a su inteligencia. Así lo expresó bien definida y explícitamente en el magnífico prólogo a las *Obras completas* de Pereda (1), como ya lo había ma-

(1) *Obras completas de D. José María de Pereda,* con un prólogo de D. Marcelino Menéndez Pelayo. (Un

nifestado anteriormente más a la ligera en un juicio crítico de revista acerca de *Tipos trashumantes* del propio escritor montañés (1). En los *Estudios de crítica literaria* — 5.ª serie — (Madrid, 1908) puede leerse sintetizado todo su juicio crítico acerca de D. José María de Pereda, que era el artista español contemporáneo que más congeniaba con Menéndez Pelayo. Acaso no se entendía (con respecto a su concepto del Arte) con los demás, con la Pardo Bazán, con *Clarín* o con Galdós, a pesar de las concesiones hechas a este último en la contestación a su discurso de entrada en la Academia (2), que más bien es un paliativo a ciertas crudezas de la primera edición de la *Historia de los Heterodoxos españoles.*

---

tomo de CIV+246 págs.) Las CIII primeras páginas son de prólogo. (Tomo I: *Los hombres de pro;* 2.ª edición.) Madrid, Imprenta y fundición de Tello, 1889.

(1) *Revista Cántabro-Asturiana,* pág. 60. Santander, 1877.

(2) *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Sr. D. Benito Pérez Galdós.* (Madrid, Viuda e hijos de Tello, 1897.)—Cf. *Estudios de crítica literaria,* 5.ª serie, II. Madrid, 1908.

Mas no creáis por eso que hay en Menéndez Pelayo incomprensión o exclusivismo o espíritu de sistema, cuando aborda el problema estético. El espíritu de sistema llévalo sólo al problema religioso o, mejor dicho, al problema histórico. En estética lo comprende todo y aun lo disculpa todo, hasta lo que menos encaja en su espíritu, el romanticismo, lo que voluntariamente llamaría él enfermedad, como el moderno estético francés Pierre Lasserre (1). Nada veremos en el polígrafo español de esa incomprensión del Arte que sagaces estéticos recientísimos advierten aun en espíritus tan selectos como el de Schopenhauer o el de Platón (2).

---

(1) «El romanticismo es primitivamente enfermedad; esta enfermedad pudre hasta el fondo la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad de Juan Jacobo Rousseau. Unida a un asombroso genio lírico, ha hecho de él la más curiosa bestia.» *(Le Romantisme français,* cap. II, página 18; edición del *Mercure de France.* París, 1908.)

(2) «*Schopenhauer's extraordinary misunderstanding of Art, also precissely like Plato's...*» (Antonio Ludovici: *Nietzsche and Art,* parte II, pág. 35. Londres, 1911.) — Cf. Schelling: *Sämmtliche Werke,* vol. V: *Vorlesungen über die Methode des Akademischen Studiums,* págs. 346 y 347.

En arte, Menéndez Pelayo ha sido, ante todo, un aristócrata. Abominó del naturalismo *por buen tono,* como D. Juan Valera. Ambos tenían de la cultura aquel severo concepto, lleno de romano y británico *decorum,* que expresó un gran crítico inglés, Mathew Arnold, en estas frases: «Las aspiraciones de la cultura, que es el estudio de la perfección, no se satisfacen a menos que lo que los hombres dicen, cuando pueden decir lo que quieren, sea digno de decirse. La cultura trata infatigablemente, no de hacer lo que cada persona tosca puede querer y considerar como regla por la cual él mismo se guía, sino de aproximarse cada vez más a un sentido de lo que en verdad es bello, gracioso y perfecto y de impulsar a las personas toscas a quererlo...» (1).

. . . . . .

. . . . . .

---

(1) *Culture and Anarchy,* págs. 11 y 12.

II

Como crítico, Menéndez Pelayo es acaso menos conocido aún que como polemista e historiador. Sin embargo, deja un bagaje sólido de obras fundamentales y de tratados menores. Mas como en España no se leen—y cada día menos—sino los libros minúsculos y aterra — acaso por efectos del *dolce farniente* que el sol y el clima infiltran, como en Italia — sólo la vista de un volumen de trescientas páginas; como se ha inventado el consolador sofisma de la intensidad de la vida moderna y del poco tiempo que se puede perder y de la prisa con que se anda en todo—y para lo único con que no se anda aprisa es para... perder el tiempo — resulta que las obras de Menéndez Pelayo apenas han sido leídas por media docena de españoles.

Se le conoce de referencias, de hablillas de café; se habla de él como de un hombre *bien,* como se habla del *Bomba* o del *Gallito;* todos ellos honran a la patria, el uno con sus faenas de muleta o sus estocadas, el otro con sus recortes al

brazo y sus verónicas; Menéndez Pelayo con sus libros. Pero mientras al uno se le pagan pingües pesetas y el ciudadano que se tiene por español contribuye con su presencia y con su dinero al esplendor de la fiesta, al otro no se le compran libros y, si se le compran, no se le leen...

¡Son tan pesados, tan largos, tan farragosos! ¡Hay tan poco tiempo que perder! Este es el razonamiento tácito o manifiesto de muchos que luego pierden su tiempo en las mayores frusleríias y bobadas del mundo, como en jugar al billar, en ver pasar las mujeres desde el café, en hablar de toros, en hacer visitas inútiles; pretextos todos para matar el tiempo, *¡ese monstruo!,* como decía Baudelaire.

Y así resulta que libros y libros enteros y verdaderos de Menéndez Pelayo apenas han sido hojeados por los que ahora, si es caso, muerto el gran maestro, le dedican lágrimas de cocodrilo y obsequios ficticios de plañideras asalariadas.

Tales y cuales aprovechados mancebos de la política y de la sociología, que jamás leyeron una página suya «porque no la resistían», según confesión ingenua en días mejores, cuando vivía

el maestro y no había que tramar la farsa de los elogios fúnebres, ahora se hacen lenguas de su saber y de su amenidad, y juran por Zeus que les divertía más una página de *Los Heterodoxos españoles* que cuatro novelas juntas de Jorge Ohnet.

No importa que no se le haya leído para que valga él lo que vale; una de las características del mérito literario es que se labra a espaldas de los contemporáneos; pero, ¿quién duda que debieran moderar sus voces elegíacas aquellos varones que ahora lanzan tan intempestivos y engolados sollozos de dolor?...

Hay, sin embargo, un Menéndez Pelayo que se conoce más; es el Menéndez Pelayo ortodoxo y hasta fanático, el Menéndez Pelayo que representaba la intransigencia de la extrema derecha que, como su calificación indica, aunque tienda a muy rectos fines, es siempre extremosa. Y este Menéndez Pelayo era más conocido y aun más apreciado por los de uno y otro bando, porque bordeaba los linderos de la política, saliéndose del desapasionamiento frío del historiador, porque despertaba enconos y querellas, atizaba ho-

gueras apagadas, evocaba sombrías epopeyas de las guerras civiles y melancólicos dramas de la Inquisición.

Pero el Menéndez Pelayo, sereno y grave historiador, con esa serenidad que comunica Polimnia a sus fieles enamorados, el Menéndez Pelayo, crítico en quien hablaba el espíritu curioso y metafísico de los eruditos del Renacimiento, el Menéndez Pelayo que acometía la magna empresa de la *Historia de las ideas estéticas en España,* era bien poco estimado aún por el vulgo intelectual, por esa clase baja de la cultura que tanto enfadaba a Renán, hasta el punto de hacerle preferir *el analfabetismo.*

Y este Menéndez Pelayo es el que más vale y el que más representa en la historia de la cultura española. Más que como historiador y como polemista, pasa a la posteridad como estético e informador literario. Más que *La Ciencia Española* vale el *Horacio en España;* más que la *Historia de los Heterodoxos españoles,* valen los *Estudios de crítica literaria.*

Porque esto es lo que muchos ignoran o aparentan ignorar; que Menéndez Pelayo, a más de

un polemista y de un historiador, fué un admirable crítico literario, lo que se llama un verdadero crítico, sin distingos, atenuaciones ni reservas mentales, un crítico con mayor capacidad metafísica y más segura comprensión histórica que Sainte-Beuve en Francia y con la altura de un De Sanctis en Italia.

Mas he aquí que volvemos a lo de antes: a los libros de Menéndez Pelayo les perjudicó el tamaño. Nadie quería tomarse la molestia de abrir estos libros tan voluminosos en que se hablaba de cuestiones de Arte, para muchos enfadosas y para otros estériles.

Se desconoce casi toda la formidable labor de crítica literaria que deja Menéndez Pelayo. ¿Quién ha leído con calma los prólogos tan luminosos de la *Antología de poetas líricos castellanos desde la formación del idioma hasta nuestros días?* ¿Quién se ha empapado bien, como es menester empaparse, de aquellos mágicos conceptos que vierte en los *Estudios de crítica literaria?...*

¿Y quién, por último, sabe siquiera que ha escrito cuatro maravillosas introducciones a los

cuatro volúmenes de la *Antología de poetas hispano-americanos,* publicada por la Real Academia Española?... Muy pocos españoles, sin duda, son los que han leído estos cuatro admirables estudios que constituyen la más completa, es decir, la única historia de la poesía americana que pueden estudiar los españoles.

Durante el período colonial, ningún escritor español se preocupó de hacer la historia de la cultura de aquellas comarcas; se menospreciaba esa tarea como indigna de los ingenios de la Metrópoli; parecía una empresa regional, local, demasiado chica, una empresa propia de un archivero o de un cronista de allá, de alguien que estuviese directamente interesado en los asuntos coloniales. Pero ¡de un crítico español!... ¿Qué crítico español se dignaría preocuparse o conceder una mirada de atención a un poeta de Tegucigalpa o de Mérida de Yucatán? Cada crítico se decía para sus adentros:

> Que un hombre de mi linaje
> descienda a tan ruin mansión...

¡Si acaso se hacía, era para tomarlos en broma, como D. Antonio Valbuena en sus *Ripios*

ultramarinos, libro donde la incomprensión del don poético llega a las cumbres de lo grotesco y donde si la recta intención no salvase las notas demasiado agresivas, habría bastante para poner a un crítico en la picota de los malvados!... Los dómines son unos buenos y píos varones, de cierto; unos varones animados de ese noble ardor de corregir a la Humanidad, de que han hecho gala también los poetas satíricos que presumían de moralistas; pero indudablemente su vehemencia, su *trop de zèle,* les arrastra a ciertos excesos... De buena gana despellejarían a todos los malos poetas que encontrasen a mano, sin tener en cuenta que, si Apolo dió el ejemplo, Marsias no hubo más que uno, y Apolo nada más tampoco que uno, ¡y era el dios de la Poesía!... De muchos críticos satíricos podría decirse, con la pintoresca imagen de Juan Pablo Richter, que se creen onocentauros y en medio del desierto predican sermones de capuchino contra la locura de los hipocentauros que les rodean. ¡Cuánto más sensatos aquellos que se ríen de todo, de los hipocentauros y de ellos mismos!

Pero así es la idiosincrasia del crítico satírico,

que no puede eludir un escritor que nace con ella. Don Antonio de Valbuena, mejor que estudiar a los poetas de América, quiso vapulearles y zaherirles; antes que comprenderlos, prefirió tundirles la pavana. Algunas veces, ¡diré más!, casi todas, tiene razón, ¿quién lo duda?; pero no nos hace olvidar aun entonces que es injusto... cuando no la tiene.

También con Menéndez Pelayo fué injusto Valbuena. Pero se le puede perdonar menos que lo haya sido con poetas de Ultramar que con un contemporáneo y compatriota suyo, con quien estaba en continuo contacto y de quien podía separarle alguna repulsión o enemistad personalísima.

El *castigat ridendo mores* podrá ser el fundamento de la sátira, pero no lo es de la crítica satírica. La crítica satírica no es serenamente risueña y burlona, sino que tiene gestos de hostilidad y de aversión. Cuando Antonio de Valbuena, en sus *Ripios ultramarinos,* fustiga a los poetas de América, da la sensación de que no los considera como hermanos en raza, sino como habitantes de otro planeta. Y cuando en *Ripios*

académicos trata con irreverencia a Menéndez Pelayo, hace pensar que no ha podido alcanzar la belleza de algunas de sus obras. Además, un crítico satírico no puede estar exento de pragmáticas morales y de obedecer las leyes éticas que ordenan no hacer a otro lo que no quisiéramos que hiciesen con nosotros mismos. Cuando un Zoilo se ensaña con un poeta, ¿está conforme con que otro crítico proporcione al poeta el desquite, ensañándose con el Zoilo? Seguramente, no. Pues ¿acaso hay algún privilegio legal que le exima a él de ese tributo? La moralidad más estricta ha de ser su guía, y no tiene derecho a abandonarla ni un momento. Sólo al artista creador se le puede permitir — provisional y transitoriamente — que contravenga a los preceptos de la moral universal, siguiendo la teoría sustentada por el papa Paulo III en aquella frase que le hizo pasar a la posteridad. Mostrábanle un día los defectos y vicios de su protegido, el magnífico orfebre Benvenuto Cellini, y el Pontífice contestó muy ingeniosamente y dando muestras de un noble y amplio espíritu: «Los hombres únicos en su arte como Benvenuto Cellini no

deben estar sometidos a las leyes..., y él menos que otro» (1). Comparable con esta anécdota es la frase de León XIII, frase de suave y paternal reproche a Campoamor, cuando éste insinuó en una humorada (inscrita en un album que llegó a manos del *pontífice de los obreros)* que, si él fuera papa, suprimiría el infierno... Y el buen pontífice, dulcemente, como se reprende a un niño travieso, comentó sólo: *¡Ah, poeta, poeta!*

III

La *Antología de poetas hispano-americanos,* que se publicó en el año de 1893 por encargo y a expensas de la Real Academia Española, es un testimonio del entusiasmo americanista de Menéndez Pelayo. Son cuatro magníficas introducciones al estudio de la historia del lirismo en América, país criollo y lujuriante donde la exuberancia forestal corre parejas con la exuberancia poética.

Pasada la emancipación de la Metrópoli, co-

(1) Léase a Emilio Gebhart: *Sandro Boticelli,* pág. 9; 1907.

laborando en la cual se encontraron artistas y aventureros, ya pareció más razonable en España preocuparse de aquellas tierras de sol, que algún vigor poético habían de tener cuando tenían el suficiente vigor político para sacudir el yugo más o menos suave — *jugum meum suave est et onus meum leve* — de la madre patria. Se les concedía la atención que se concede a los hijos mayores de edad que se emancipan de la casa paterna y saben vivir y medrar por cuenta propia. ¡Conque no eran tan insignificantes y menudos, nos dijimos, cuando han sabido emanciparse! Y entonces fué llegada la ocasión de estudiar su flora poética, como habíamos estudiado antes la flora natural. Antes eran infantes de menor cuantía; ahora ya se tornaban hombres de empuje que vivían con vida independiente. Antes eran simples poetas regionales, con la importancia que ahora puedan tener los poetas extremeños o los poetas alicantinos que más descollasen; desde entonces ya constituían rancho aparte y podían ser poetas universales y codearse con los líricos más eminentes del mundo entero...

Menéndez Pelayo fué el primero en alentar estas corrientes de simpatía hacia las antiguas dependencias de la madre patria. Y las fomentó bien ardorosamente, como debe fomentarlas un buen escritor, con buenos libros. La conmemoración del descubrimiento de América en 1892, fué la ocasión propicia para pensar en estas aproximaciones de la antigua Metrópoli a las antiguas colonias. «Ocasión bien adecuada para estrechar estos lazos de origen y de común idioma—dice el ilustre polígrafo—nos ofrece hoy la solemne conmemoración de aquel maravilloso y sobrehumano acontecimiento, merced al cual nuestra lengua llegó a resonar prepotente desde las orillas del Bravo hasta la Región del Fuego. La Academia Española, que inició antes que otra Corporación alguna (lícito es decirlo sin vanagloria) la aproximación intelectual de España y de las Repúblicas de la América española, cuando, mal apagados todavía los mutuos rencores, herencia triste de larga y encarnizada guerra, parecía para muchos sospechosa aún esta inofensiva comunicación de las artes del espíritu, no puede hoy menos de regocijarse con el resulta-

do de la obra que modestamente comenzaron en su recinto algunos americanos y españoles de buena voluntad, ligados por el respeto común a la integridad de la lengua patria y por el respeto común de unas mismas tradiciones literarias que para todos deben ser fámiliares y gloriosas. Hoy que la fraternidad está reanudada y no lleva camino de romperse, sea cualquiera el destino que la Providencia reserve a cada uno de los miembros separados del común tronco de nuestra raza, ha parecido oportuno consagrar en algún modo el recuerdo de esta alianza, recogiendo en un libro las más selectas inspiraciones de la poesía castellana del otro lado de los mares, dándoles (digámoslo así) entrada oficial en el tesoro de literatura española, al cual hace mucho tiempo que debieran estar incorporadas» (1).

Con qué ahinco dedicó a esta empresa varios años de su vida, bien claramente lo manifiestan aquellos cuatro volúmenes nutridos de lectura y cuidadosamente seleccionados. Que la obra

(1) *Antología de poetas hispano-americanos,* publicada por la Real Academia Española, tomo I. Introducción, I, IV y V.

es incompleta, nadie lo duda, pues habiendo marcado como límite de sus averiguaciones el año 1892, forzosamente había de eliminar a los contemporáneos, que—entre paréntesis — siempre evitó, excepto en la *Historia de los Heterodoxos españoles,* acaso por tener entonces la sangre moza y bullidora, hirviéndole dentro del pecho y con ansia de escapar a borbotones. La juventud es de suyo vehemente, y cuando la vehemencia no ha tenido otros desagües juveniles, como no los tuvo en Menéndez Pelayo, es forzoso que se manifieste en cualquier forma, aunque sea en la forma acendrada y pulcra del libro. Los jóvenes que no *la han corrido* suelen ser fogosos libelistas y llevan a la serenidad de la ciencia y a la augusta majestad del arte sus bríos, su premática, su voluntad ardorosa, y se hacen críticos satíricos y acerbos, a ratos injustos, como *Clarín,* o historiadores apasionados, como Menéndez Pelayo, que no son capaces de escribir como aconsejaba Tácito: *Sine irâ et studio...*, más que en la segunda parte del consejo. No son capaces de escribir sin ira aunque escriban con estudio.

Clarín y Menéndez Pelayo, que fueron condiscípulos (no lo olvidemos) en el Doctorado de Filosofía y Letras aquí en Madrid, y que se estimaban mucho mutuamente *(Clarín* sentía por su ex condiscípulo una adoración y un respeto poco comunes en él), fueron, al modo de Renán, dos jóvenes que no hicieron vida de jóvenes. De ahí acaso esa sincera melancolía que sintieron ancianos, la misma que sintió Renán...

Pues, como iba diciendo, Menéndez Pelayo, obedeciendo a un criterio, más bien que suyo propio, acaso impuesto por la Academia, no seleccionó en la *Antología de poetas hispano-americanos* todo lo que debiera seleccionar, disculpándose con que la Academia «ha creído conveniente encerrar la colección en límites muy estrechos, dando entrada únicamente a lo más selecto, sin guiarse en esta selección por ningún criterio de escuela o secta literaria, sino por aquellos principios de buen gusto universalmente adoptados en la crítica moderna, por aquella especie de estética perenne, que (salvo extravíos pasajeros) canoniza en todo tiempo lo bueno y execra lo malo...»

A pesar de este galeato del maestro, adviértense en la *Antología* frecuentes lagunas que acaso serán colmadas el día en que se reimprima este trabajo, ya anunciado entre las OBRAS COMPLETAS, y a juzgar por el título que ha de llevar, más ampliado y ensanchado, hasta el punto de formar una verdadera *Historia de la poesía hispano-americana desde los orígenes hasta 1892.*

Bien está que, guiado por un criterio de escuela, pese a sus previos avisos en contra, excluyera a los poetas conceptuados como decadentes y novísimos y tachados con el sambenito de modernistas; pero ¿acaso en 1892 eran revolucionarios poéticos Manuel Gutiérrez Nájera y Salvador Díaz Mirón, en Méjico; Rubén Darío, en Nicaragua; Julián del Casal, en Cuba?...

Indudablemente no lo eran; porque en ese año el modernismo aún no había ejercido su influencia, deletérea o salutífera, como quiera juzgarse. No es completa en número, sin duda alguna, esta *Antología;* pero eso admite una franca disculpa, si nos atenemos al método histórico puesto en vigor por Taine en su *Historia de la Literatura inglesa;* método que sacrifica a las individuali-

dades preeminentes, a los *divi summi* y a los hombres *representativos,* como ahora se dice, los dioses menores y los semidioses de las bellas letras...

De todos modos, incompleta o no en enumeraciones largas y sin duelo de poetas y más poetas, la *Antología de poetas hispano-americanos* es completísima en cuanto al caudal de observaciones críticas que encierra y a los datos históricos que aporta. Nada más completo en lengua castellana que aquel magnífico estudio del volumen primero acerca de Sor Juana Inés de la Cruz, si no es estotro libro, lleno de unción y de piedad admirativas, rico de doctrina estética y de atisbos líricos, pródigo en datos tanto como en exaltaciones, que el pasado año tuvo la galanura de lanzar al público, para conmemorar la independencia de su patria, un gentil poeta de estos tiempos, compatriota de la monja-poetisa, D. Amado Nervo. De este volumen, que con el título de *Juana de Asbaje,* ha sido aquí menos leído de lo que fuera menester, se hace su alabanza suprema con decir que, después del magistral estudio de Menéndez Pelayo, aún nos

orienta críticamente y nos revela rincones nuevos del alma lírica de aquella maravillosa monja de Méjico, prez y gloria del sexo femenino, junto con nuestra Santa Teresa de Jesús... Es curioso que las dos inmensas poetisas universales hayan vivido encerradas en un claustro; ¿acaso es complemento indispensable de la mujer ser monja para sentir más hondamente?... Nadie podría decir la última palabra sobre esto, sin manifiesta profanación o desconocimiento del don poético. Menos que nadie, un hombre como yo, que no he podido aún — ni Dios lo haga — renovar el milagro del adivino Tiresias, de encarnar en un cuerpo femenino después de haber sido hombre en una vida anterior... Sólo podría hablarnos de este misterio del alumbramiento poético una mujer que fuese a la vez artista y crítica, inspirada poetisa y conocedora de todos los secretos de la Historia literaria, como nuestra D.ª Blanca de los Ríos, tan apreciada por el maestro que hoy lloramos, que puso un gentil prólogo al frente de su volumen crítico *Siglo de oro*.

Lo evidente es que, si recordamos las mejores poetisas del mundo, todas han sido, si no

monjas como las dos principales, por lo menos unas solitarias y unas incomprendidas. Safo, acabando por arrojarse desde la peña de Léucade; Marcelina Desbordes-Valmore, viviendo enamorada de un imposible; Eugenia de Guerin, abandonada en un rincón de Francia; Isabel Browning, la romántica inglesita, tan fuera de la vida real como lo atestiguan sus *Sonetos portugueses;* sería inútil seguir enumerando... Pero no podríamos olvidar sin manifiesta injusticia a Sor Violante do Ceo, la monja portuguesa que, según la autoridad de Menéndez Pelayo, en talento poético iguala y quizá aventaja a Sor Juana Inés de la Cruz, aunque no haya pulido tanto su entendimiento con la universal curiosidad científica que distinguió a la monja de Méjico.

La melancólica advertencia de Hamlet, queriendo acrecentar el caudal sensitivo de Ofelia, viene siempre a nuestra memoria... ¿Acaso quiso hacerla poetisa cuando la ordenó que entrara en un convento de clausura?... «¡Vete a un convento — le decía —, vete a un convento!...» *(Get thee to a nunnery)*... Y vuelve a repetir con lánguido ritornelo la frase: *To a nunnery go...*

IV

Que la labor de Menéndez Pelayo en pro de la poesía americana fué emprendida con entusiasmo y ardor, lo demuestra una afirmación de su discípulo predilecto, D. Adolfo Bonilla y San Martín. El ilustre historiador de la Filosofía española, en una *interview* celebrada estos días con un distinguido periodista, aseveró que muchas veces había oído lamentarse a su maestro de que su *Historia de la poesía en América* fuese poco conocida y apreciada por el público español... En efecto, acaso la obra que menos se conoce de Menéndez Pelayo, aun de oídas — que de leídas bien pocas son familiares al gran público —, es esta *Antología de poetas hispano-americanos,* que luego había de convertirse en *Historia de la poesía en América desde sus orígenes hasta 1892.*

Ni es sólo la poesía en América lo que le tienta como objeto de estudio; es también la poesía en España, aun los mismos contemporáneos que siempre procuró esquivar. Es además la novela

naturalista, que tanto le repelía y sobre la cual ha dicho a veces cosas tan feroces y a veces cosas tan justas. Pero su última palabra sobre el arte contemporáneo la ha escrito en su estudio sobre Pereda, escrito en edad muy moza, y donde tiene ya atisbos de gran crítico (1). «¿Quién sabe — se pregunta — si dentro de cincuenta años todas estas discusiones de naturalismo y y de realismo parecerán tan anticuadas e impertinentes como la antigua cuestión de clásicos y románticos? ¿Quién sabe si entonces sus mismos admiradores de hoy se acordarán de Zola ni de los Goncourt, y si se acuerdan, dejarán de convenir con nosotros en que tales autores y tales libros, como todo lo que es exagerado, monstruoso, violento, compraron, a costa de las

(1) Al reimprimirlo en sus *Estudios de crítica literaria* (5.ª serie, págs. 353 *et passim;* Madrid, 1908) hace notar: «El presente trabajo, escrito hace más de veinte años para servir de prólogo a las *Obras completas* de Pereda, adolece de incorrección y ligereza juvenil, pero no he querido refundirlo para no quitarle su primitiva espontaneidad, único mérito que puede tener. En otra ocasión, quizá no lejana, procuraré rendir más digno tributo a la memoria del gran novelista montañés, con quien me unió tan cordial afecto.»

esperanzas de la inmortalidad, la boga pasajera del escándalo?» Y muy regocijadamente, al reimprimir el prólogo a las *Obras completas de Don José María de Pereda,* añade en nota (1): «Muchos menos (de cincuenta años) han bastado para que esta tímida profecía se cumpliese en todas sus partes. Permítaseme la vanidad de consignarlo y la interna satisfacción de haber resistido a una corriente de mal gusto cuando casi todos se dejaban arrastrar por ella.»

Es verdad; lo interesante de la posición de Menéndez Pelayo como crítico es *la belleza del gesto.* Se trata de adoptar frente a las corrientes naturalistas una actitud de gran señor ofendido, de aristócrata ultrajado en su buen gusto. He aquí el problema. Las frases que emplea Menéndez Pelayo al hablar de la novela naturalista son casi las mismas que emplea D. Juan Valera. «¡Como si en el mundo no existieran ni hubieran existido más artes que el drama *burgués* y la novela de costumbres domésticas y prosaicas, y como si no vivieran en el alma humana (pese a

(1) *Estudios de crítica literaria,* 5.ª serie, pág. 377.

quien pese) mil anhelos de belleza ideal, hambrientos e insaciables, que jamás encontrarán su satisfacción en la pintura, por muy perfecta que la supongamos, de un lavadero, de una taberna o de un mercado! ¿Qué estética es ésa dentro de la cual no son posibles ni Fidias, ni Sófocles, ni Dante? ¡Sobre qué cabezas van a parar los anatemas anti-idealistas!» (1).

Es absolutamente la misma gallarda actitud de D. Juan Valera, antinaturalista por *bon ton*. Así este empecatado D. Juan, por disculpar todo lo que es correcto y fino, disculpa aun al mismo Próspero Merimée, que le parece naturalista, pero «fino, correcto y bien criado». «Él mismo se burlaba de su manía de pintar todo lo horrible, citando al mascarilla de Molière, quien, también, para seguir la moda de su tiempo, se empleaba en poner toda la historia romana en madrigales» (2).

No hay duda que con esto quería disculparse a sí mismo, que a veces se excedió en la pintura

---

(1) *Estudios de crítica literaria,* 5.ª serie, pág. 379.

(2) *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas,* véase pág. 128. *(Obras completas,* tomo XXVI.)

de las anomalías morales — y bastará recordar *Doña Luz* y *El Comendador Mendoza* —; pero siempre conservando *la belleza del gesto*. En este sentido, Menéndez Pelayo es más honrado que Valera, literariamente hablando: no quiere conservar del naturalismo ni un ápice, y no disculpa a los correctos ni a los incorrectos. A lo más, se limita a observar si no entrará por mucho el afán de seguir la moda y el deseo de singularizarse en la defensa del naturalismo: «¿Quién sabe si en las apologías que han hecho de tan pobre doctrina ingenios españoles muy dignos de profesar otra más elevada no ha entrado por mucho el anhelo de la singularidad, el odio a los lugares comunes y a las opiniones recibidas?»

¡Con qué alegría testificaba la derrota del naturalismo en la contestación — maravilloso modelo de lenguaje, de crítica y de nobleza personal — al discurso de entrada de Galdós en la Academia Española, en 5 de febrero de 1897! (1). «Hoy todo aquel estrépito ha pasado con la rapidez

(1) Reimpreso en los *Estudios de crítica literaria*, 5.ª serie, pág. 85 *et passim*.

con que pasan todos los entusiasmos ficticios. Muchos de los que bostezaban con la interminable serie de los *Rougon-Macquart* y no se atrevían a confesarlo, empiezan ya a calificar de pesadas y brutales aquellas narraciones; de trivial y somera aquella psicología, o dígase psicofísica; de bajo y ruin el concepto mecánico del mundo que allí se inculca; de pedantesco o incongruente el aparato seudocientífico con que se presentan las conclusiones del más vulgar *determinismo,* única ley que en estas novelas rige los actos o más bien los apetitos de la que llaman *bestia humana,* víctima fatal de dolencias hereditarias y de crisis nerviosas, con lo cual, además de decapitarse al ser humano, se aniquila todo el interés dramático de la novela, que sólo puede resultar del conflicto de dos voluntades libres, o bien de la lucha entre la libertad y la pasión. Había, no obstante, en el movimiento naturalista, que en algunos puntos era una degeneración del romanticismo, y en otros un romanticismo vuelto del revés, no sólo cualidades individuales muy poderosas, aunque por lo común mal regidas, sino una protesta, en cierto

grado necesaria, contra las quimeras y alucinaciones del idealismo enteco y amanerado; una reintegración de ciertos elementos de la realidad dignísimos de entrar en la literatura, cuando no pretenden ser exclusivos, y una nueva y más atenta y minuciosa aplicación, no de los cánones científicos del método experimental, como creía disparatadamente el patriarca de la escuela, sino del simple método de observación y experiencia, que cualquier escritor de costumbres ha usado; pero que, como todo procedimiento técnico, admite continua rectificación y mejora, porque la técnica es lo único que hay perfectible en Arte...»

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS FUNDAMENTALES....

Calderón y su teatro. (Conferencias dadas en el Círculo de la Unión Católica.) 3.ª edición. Madrid; Imprenta de A. Pérez Dubrull, 1884. Un tomo (el XXI) de la COLECCIÓN DE ESCRITORES CASTELLANOS, 404 páginas. Hay 4.ª edición, impresa en 1910. Se publicó primeramente en ocho folletos. (Madrid, 1881. Librería de M. Murillo.)

Estudios de crítica literaria (1.ª serie). Madrid; Imprenta de A. Pérez Dubrull, 1884. Un tomo (el XV) de la COLECCIÓN DE ESCRITORES CASTELLANOS; 332 páginas. Contiene:

I. *De la poesía mística.* (Discurso de entrada en la Real Academia Española, 1881.)

II. *De la Historia considerada como obra artística.* (Discurso de entrada en la Real Academia de la Historia, 1883.)

III. *San Isidoro.* (Discurso leído en la Academia Hispalense de Santo Tomás de Aquino, octubre de 1881.)

IV. *Noticias sobre la vida y escritos de Rodrigo Caro.* (Sirve de introducción a las obras inéditas de Rodrigo Caro, pu-

OBRAS FUNDAMENTALES....

blicadas por la Sociedad de Bibliófilos de Sevilla.)

V. *Don Francisco Martínez de la Rosa.* (Sirve de introducción al *Edipo*, en la colección de AUTORES DRAMÁTICOS CONTEMPORÁNEOS.)

VI. *Don Gaspar Núñez de Arce.* (Sirve de introducción a *El haz de leña*, en la colección de AUTORES DRAMÁTICOS CONTEMPORÁNEOS.)

Estudios de crítica literaria (2.ª serie). Madrid; Establecimiento tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra, 1895. Un tomo (el CVI) de la COLECCIÓN DE ESCRITORES CASTELLANOS; 400 páginas. Contiene:

I. *Quadrado y sus obras.*
II. *La Celestina.*
III. *El Alcalde de Zalamea.*
IV. *Tirso de Molina.*
V. *De los historiadores de Colón.*
VI. *Lope de Vega y Grillparzer.*
VII. *Enrique Heine.*
VIII. *De las influencias semíticas en la literatura española.*

Estudios de crítica literaria (3.ª serie). Madrid; Establecimiento tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra, 1900. Un tomo (el CXVIII) de la COLECCIÓN DE ESCRITORES CASTELLANOS; 390 páginas. Contiene:

I. *Bartolomé de Torres Naharro.*
II. *El Abate Marchena.*

Estudios de crítica literaria (4.ª serie). Madrid; Tipografía de la *Revista de Archi-*

OBRAS FUNDAMENTALES....

vos, 1907. Un tomo (el CXXXVI) de la COLECCIÓN DE ESCRITORES CASTELLANOS; 480 páginas. Contiene:

I. *Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del «Quijote».*

II. *«El Quijote» de Avellaneda.*

III. *Don Amós de Escalante (Juan García).*

IV. *Esplendor y decadencia de la cultura científica española.*

V. *Tratadistas de bellas artes en el Renacimiento español.*

Estudios de crítica literaria (5.ª serie). Madrid; Tipografía de la *Revista de Archivos,* 1908. Un tomo (el CXXXVIII) de la COLECCIÓN DE ESCRITORES CASTELLANOS; 476 páginas. Contiene:

I. *El Dr. D. Manuel Milá y Fontanals.* (Semblanza literaria leída en el Ateneo y en la Universidad de Barcelona, en mayo de 1908.)

II. *Don Benito Pérez Galdós, considerado como novelista.*

III. *La doncella Teodor.*

IV. *Interpretaciones del «Quijote».*

V. *Don Francisco Rodríguez Marín.*

VI. *Don Manuel José Quintana, considerado como poeta lírico,*

VII. *Don José María de Pereda.*

VIII. *Don Leopoldo Augusto de Cueto.*

OBRAS MENORES...

Noticias para la historia de nuestra métrica. Sobre una nueva especie de versos castellanos. REVISTA EUROPEA, páginas 609-615. Tomo V. Año 1875.

Una comedia inédita de Trueba y Cossío. LA TERTULIA, pág. 353. Santander, 1876.

Ave, Maris Stella. Historia montañesa del siglo XVII, por Juan García. (Estudio crítico.) LA TERTULIA, pág. 730. Santander, 1876.

Tipos trashumantes, por D. José María de Pereda. (Juicio de esta obra.)

Las cuatro Estaciones, poesías de D. E. Bustillo. (Breve juicio de este libro.)

Estudios críticos sobre escritores montañeses: Don Evaristo Silió y Gutiérrez. REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA, páginas 60, 158 y 417. Santander, 1877.

Homero: La Ilíada. Traducción de J. G. Hermosilla. Madrid, 1878. Tres tomos de la BIBLIOTECA CLÁSICA. En el tomo III (páginas 50-54) hay un estudio de Menéndez Pelayo sobre *Hermosilla y su Ilíada.*

Salustio: Obras. Traducción del infante don Gabriel. Madrid, 1879. (Los *Fragmentos de la Grande Historia* están traducidos del latín por el Sr. Menéndez Pelayo.)

Aristófanes: Comedias. Traducidas del griego por Federico Baráibar. Madrid, 1880. Tres tomos de la BIBLIOTECA CLÁSICA. En el tomo I (págs. VII-XXXI) hay un estudio del Sr. Menéndez Pelayo titulado *Cuatro palabras acerca del teatro griego en España.*

OBRAS MENORES...

Poetas bucólicos griegos. Traducidos en verso por D. Ignacio Montes de Oca. 2.ª edición. Madrid, 1880. BIBLIOTECA CLÁSICA. Lleva un prólogo (págs. III-XIII) del Sr. Menéndez Pelayo.

Virgilio: Las Geórgicas. Traducidas por el Excmo. Sr. D. Marcelino de Aragón Azlor, Duque de Villahermosa, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez Pelayo. Madrid; Fortanet, 1881. Ocupa el prólogo las páginas V-XIII.

Doctrina estética de Platón.

De la poética de Aristóteles.

REVISTA HISPANO-AMERICANA, tomo IX, páginas 171 y 331.

Dramas de Guillermo Shakespeare. Traducción de D. Marcelino Menéndez Pelayo. Barcelona, Biblioteca ARTE Y LETRAS, 1881. Tres tomos.

Tomo I (IV + 484 páginas de 54 × 88 milímetros). Comprende: *El Mercader de Venecia, Macbeth, Romeo y Julieta* y *Otelo.* Impreso en 1881.

Los tomos II y III, publicados, respectivamente, en 1883 y 1884, están traducidos por D. José Arnoldo Márquez.

Letras y literatos portugueses. REVISTA DE MADRID, págs. 20-29, tomo III, 1882.

El sentimiento del honor en el teatro de Calderón. Monografía por D. Antonio Rubió y Lluch, precedida de un prólogo de D. Marcelino Menéndez Pelayo. Barcelona; Viuda e Hijos de J. Subirana, 1882. Ocupa el prólogo las páginas IX-XXVIII.

OBRAS MENORES...

Odas de Q. Horacio Flaco. Traducidas e imitadas por ingenios españoles y coleccionadas por D. Marcelino Menéndez Pelayo. Barcelona, Biblioteca ARTE Y LETRAS, 1882. Un tomo de XVI+400 págs.

Diálogos literarios, de D. José Coll y Vehí. 2.ª edición, con un prólogo por D. Marcelino Menéndez Pelayo. Barcelona, Juan y Antonio Bastinos, editores, 1882.

Enrique Heine.

Obras del Marqués de Molins (crítica).

Sobre el libro del Sr. Rubió: El sentimiento del honor.

REVISTA DE MADRID, págs. 23, 156 y 205 del tomo V, año 1883.

Sobre la traducción de La Ilíada por Hermosilla. Estudios críticos por Menéndez Pelayo, Bello y Caro.

ANALES DE LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA EN LOS ESTADOS UNIDOS DE COLOMBIA. Bogotá. Echevarría y Hermanos. Junio, 1883.

Enrique Heine: Poemas y fantasías. Traducción completa de José J. Herrero, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez Pelayo. Madrid, 1883. BIBLIOTECA CLÁSICA. El prólogo ocupa las páginas V-XV.

Cicerón: Obras completas. Madrid, 1883. BIBLIOTECA CLÁSICA. Los cinco primeros tomos están traducidos por el Sr. Menéndez Pelayo.

Poetas líricos griegos. Traducción de los Sres. Baráibar, Menéndez Pelayo, Conde, Canga-Argüelles y Castillo y Ayensa. Madrid, 1884. BIBLIOTECA CLÁSICA.

OBRAS MENORES...

Doña Emilia Pardo Bazán: San Francisco de Asís (siglo XIII), con un prólogo por D. Marcelino Menéndez Pelayo. 2.ª edición. París. Garnier, 1886.

Ateneo de Madrid: La España del siglo XIX. Colección de conferencias históricas. (Curso de 1886-87.) 33.ª conferencia, por D. Marcelino Menéndez Pelayo. Tema: *Don Manuel José Quintana: La poesía lírica al principiar el siglo XIX.* Madrid; Imprenta de *El Liberal,* 1887.

Personajes ilustres: Martínez de la Rosa. Estudio biográfico por D. Marcelino Menéndez Pelayo. Madrid; Compañía de Impresores y Libreros (sin año).

Personajes ilustres: Núñez de Arce. Estudio biográfico-crítico por D. Marcelino Menéndez Pelayo. Madrid; Dubrull (sin año).

Poesías divinas y humanas del Padre Pedro de Quirós. Publícalas la Sociedad del Archivo Hispalense, precedidas de un prólogo del Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo. Sevilla; Oficina de *El Orden,* 1887. Ocupa el prólogo las páginas V-XLIII.

Calderón: Teatro selecto. Madrid, 1887. BIBLIOTECA CLÁSICA. En el tomo I hay un estudio crítico (páginas V-LXV) del Sr. Menéndez Pelayo.

Discurso de gracias, de D. Marcelino Menéndez Pelayo. Página 257 del tomo de los *Jochs Florals de Barcelona.* Año XXX de su restauración. Barcelona; LA RENAIXENSA, 1888.

OBRAS MENORES...

Lo Gayter del Llobregat. Poemas de D. Joaquín Rubio y Ors. Ab un prolech de don Marcelí Menéndez Pelayo. Barcelona; Jepús y Roviralta, 1889. Ocupa el prólogo las páginas VII-XXIII.

Obras completas de D. José María de Pereda, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Tomo I: *Los hombres de pro.* 2ª edición. Madrid; Imprenta y fundición de Tello, 1889. Un tomo de CIV-+246 páginas. El prólogo ocupa las CIII primeras páginas.

Estudios literarios de D. Pedro José Pidal, primer Marqués de Pidal. Madrid; Imprenta de M. Tello, 1890. Dos tomos en 8.º de la COL. DE ESCRITORES CASTELLANOS.

Según se advierte en la Introducción, página XXXI, pertenecen al Sr. Menéndez Pelayo las notas críticas, bastante extensas, que van al fin de algunos de estos estudios.

Tácito: Los Anales. Introducción de D. Carlos Coloma. Madrid, 1890. Dos tomos de la BIBLIOTECA CLÁSICA. En el tomo I, páginas VII-XV, hay un prólogo del señor Menéndez Pelayo.

Un poeta montañés desconocido, del siglo XVIII, por D. Marcelino Menéndez Pelayo. DE CANTABRIA. *Letras—Artes—Historia—Su vida actual.* Páginas 235 a 247 de este volumen. Santander, 1890.

Estudios sobre los orígenes del Romanticismo francés. Los Precursores.

Los iniciadores. Mad. de Staël, Chateaubriand y sus respectivos grupos.

Don José María Quadrado: su vida y escritos.

Jorge Manrique. La Sátira política en tiempos de Enrique IV de Castilla.

Nueva biografía del Abate Marchena.

La España Moderna, tomo XXIII, página 133; tomo XXIV, pág. 130; tomo XLI, página 167; tomo XC, pág. 59; tomo XCVI, página 17; tomo XCVIII, pág 36.

OBRAS MENORES...

Soñar despierto. Poesías varias, por D. Antonio Arnao. Prólogo de D. Marcelino Menéndez Pelayo. Madrid; Tello, 1891. Ocupa el prólogo las páginas V-XXI.

Ensayos religiosos, políticos y literarios, por D. José María Quadrado. 2.ª edición, precedida de una introducción por don Marcelino Menéndez Pelayo. Palma de Mallorca; Amengual y Muntaner, 1893. Ocupa la introducción 61 páginas.

Peñas arriba, por D. José María de Pereda. Breve nota crítica sobre dicho libro. Revista Crítica de Historia y Literatura Españolas, página 55 de la 2.ª parte del tomo I Madrid; Victoriano Suárez, 1895.

Poesías de Evaristo Silió, con un prólogo de Marcelino Menéndez Pelayo. Valladolid; Imprenta Castellana, 1897.

Poesías líricas y dramáticas del Excelentísimo Sr D. Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar, con un prólogo de Marcelino Menéndez Pelayo. Madrid; Su-

OBRAS MENORES...

cesores de Rivadeneyra, 1903. Ocupa el prólogo las páginas V-XXIV.

Poesías de D. Amós de Escalante. Edición póstuma, precedida de un estudio crítico por D. Marcelino Menéndez Pelayo. Madrid; Viuda e Hijos de Tello, 1907. Ocupa el estudio las páginas V-CXXIII.

Las cien mejores poesías líricas de la Lengua castellana, escogidas por D. Marcelino Menéndez Pelayo. London and Glasgow, Gowans and Gray, 1908.

Hermosura de la Naturaleza y sentimiento estético de ella, por D. Federico González Suárez, obispo de Quito, con un preámbulo de D. Marcelino Menéndez Pelayo. Madrid; Establecimiento tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra, 1908. Preámbulo de XIV páginas.

Nou llibret de versos, escrit per Teodor Llorente, mestre en gay saber. Preambul de Marcelino Menéndez Pelayo. Valencia; Imprenta de Doménech, 1909. El preámbulo ocupa las XXVII primeras páginas.

Blanca de los Ríos de Lámperez: Del siglo de oro. Estudios literarios, con prólogo del Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo. Madrid; Bernardo Rodríguez, 1910. El prólogo ocupa las páginas IX-XLV.

VI

Labor de Historia.

I

Con esta aversión a la Historia que puso en moda Federico Nietzsche, hablando del historiador-cangrejo y *arrièré,* que dicen en Francia, los jóvenes intelectuales tienen a gala desdeñar a aquellos espíritus de la generación pasada que procuraron profundizar en la Historia, maestra del estudio y de la vida. Castelar, Valera, Menéndez Pelayo estaban nutridos de Historia antes que de ninguna otra ciencia; acaso de los altos espíritus del siglo pasado, sólo Salmerón la desdeñaba, por conformarse a los cánones de la filosofía krausista, que proscribe la Historia de sus dominios.

Menéndez Pelayo probó sus primeras y bien templadas armas de polemista, de investigador, de filósofo y de estilista en el cultivo de la Historia. Su primer obra de empuje fué, a los veintitrés años, la *Historia de los Heterodoxos españoles,* cuyos tres vastos volúmenes fueron publicándose en los años de 1880 a 1882 (1). El maestro, ya anciano, no patrocinaba ni mucho menos todas las vehementes polémicas de la juventud, que estallaron muy singularmente en la *Historia de los Heterodoxos españoles.* Al escribir en julio de 1910 las *Advertencias preliminares* de la segunda edición de este libro, que había de formar el volumen primero de las *Obras completas* del autor (Librería general de Victoriano Suárez, Madrid, 1911), bien se lamenta de las acerbas expresiones que conservaba la primera edición de su obra: «Otro defecto tiene, sobre todo en el último tomo, y es la excesiva acrimonia e intemperancia de expresión con que

(1) En la *Revista Europea* (año 1876, tomo VIII, páginas 459, 485 y 522) fueron publicándose algunos párrafos del primitivo prólogo, así como el plan, bien detallado y dividido por capítulos.

se califican ciertas tendencias o se juzga de algunos hombres. No necesito protestar que en nada de esto me movía un sentimiento hostil a tales personas. La mayor parte no me eran conocidas más que por sus hechos y por las doctrinas expuestas en sus libros o en su enseñanza. De casi todos pienso hoy lo mismo que pensaba entonces; pero si ahora escribiese sobre el mismo tema, lo haría con más templanza y sosiego, aspirando a la serena elevación propia de la Historia, aunque sea contemporánea, y que mal podía esperarse de un mozo de veintitrés años, apasionado e inexperto, contagiado por el ambiente de la polémica y no bastante dueño de su pensamiento ni de su palabra.» *(Advertencias preliminares,* págs. 35 y 36.)

Con estas declaraciones tan explícitas, el maestro inutiliza a los críticos para decirle nada respecto a ciertas acrimonias de la primera edición de *Los Heterodoxos;* pues después de lo que él ha dicho, ¿qué queda por decir? «Hoy reconozco — dice el maestro con modestia sin igual — en aquella obra muchos defectos nacidos de mi corto saber y de la ligereza juvenil

con que me arrojé a un empeño muy superior a mis fuerzas...» *(Advertencias preliminares,* página 31.) «He retocado ligeramente el estilo, borrando muchos rasgos que hoy me parecen de mal gusto y de candidez infantil; muchas incorrecciones gramaticales y otros defectos que hubieran saltado a la vista del leyente más benévolo y que sólo tenían disculpa en los pocos años del autor.» *(Ibíd.,* pág. 35.) «En el texto borro únicamente las expresiones que hoy me parecen insolentes, duras y crueles, porque sería de mal ejemplo y hasta de mal tono el conservarlas.» *(Ibíd.,* pág. 36.)

Nadie podría hacer con más suave dureza la disección de esta obra, obra de juventud y de vehemencia, en que la expresión, todavía no bastante depurada y armónicamente clásica, no venía en auxilio del pensamiento tan presta y eficaz como el autor hubiera querido y como más tarde llegó, creando ese castellano claro y rico, con una sencillez bajo la cual palpita el énfasis, que es el distintivo del estilo del Menéndez Pelayo maduro y formado. En sus primeros años de escritor, Menéndez Pelayo pudo decir

que la forma se le mostraba esquiva y zahareña; luego, como beldad largo tiempo codiciada y al fin conseguida, fué gozada con mayor fruición...

Y a pesar de sus máculas de estilo, insolente y duro a ratos, la *Historia de los Heterodoxos españoles* queda como el monumento firme y perenne de la convicción de un hombre, de un hombre joven y entusiasta, pero sabio y estudioso (1). Todavía Menéndez Pelayo no ha conseguido la plenitud de su estilo; para eso hace falta llegar a la *Historia de las ideas estéticas en España.*

(1) Una prueba palmaria de la imparcialidad y amplitud de espíritu de Menéndez Pelayo es lo que me cuenta el doctísimo catedrático de Literatura del Instituto del Cardenal Cisneros, publicista de renombre, D. Mario Méndez Bejarano. Presentó éste a la Academia Española un estudio acerca de la *Vida y obras de D. José María Blanco y Crespo,* que fué premiado en el primer certamen abierto en 22 de abril de 1904 y adjudicado en 20 de junio de 1907 al lema *Leucadio Doblado,* que era el que contenía el manuscrito de D. Mario Méndez Bejarano. Y a pesar de que éste rectificaba uno por uno documentalmente muchos de los datos biográficos dados por él en la *Historia de los Heterodoxos españoles,* fué Menéndez Pelayo quien con más vehemencia abogó por que fuese premiada la obra.

Esta es la obra de Historia que dignifica y engrandece la figura de Menéndez Pelayo. Esta es verdaderamente la Historia moderna, la Historia escrita con criterio amplio y con estilo armónico, la Historia a la manera de Taine o de Michelet, la Historia de un erudito que se ha encarnado en un poeta. Gracias a esta obra, los historiadores españoles pueden tener cabida en las letras europeas, y cuando se haga en el siglo XXII la Historia de la literatura de Europa en el siglo XIX, Menéndez Pelayo ocupará un lugar de honor al lado del frío analista de *Les origines de la France contemporaine* y del poderoso visionario de la *Histoire de France*.

Nada más completo en España, donde apenas se ha hecho estética, cuanto menos historia de la estética, que esa maravillosa *Historia de las ideas estéticas en España,* que inunda el cerebro de datos y de noticias. Yo no sé si habrá caso de historiador más informado que Menéndez Pelayo. Agota los temas; imposible vadear un río después que él lo ha cruzado. En todas las márgenes queda impresa la huella de sus pisadas. A veces abruma, pero nunca fatiga. Nunca fatiga,

porque el estilo nervioso y algo almidonado a rato lo ilumina todo con su lumbre mágica.

Nada, por ejemplo, más erudito y al mismo tiempo más artístico que el capítulo dedicado a la estética platónica en el siglo XVI, las luminosas disquisiciones sobre su predilecto tratadista caleológico León Hebreo y sus mágicos conceptos acerca de los poetas eróticos, todo aquello tan profundo y tan sutil a la vez que dice sobre Herrera, Camoens y Cervantes (1).

Este capítulo rebasa (por lo que yo puedo alcanzar) a todo cuanto se ha escrito acerca de estética en Europa. ¿Y qué decir a propósito del capítulo admirable sobre la estética de Platón (2), que sólo Charles Levêque pudo sobrepujar y adonde no llega Fouillée con toda su potencia soberana de gran historiador de la filosofía ni Vacherot con su documentación de expositor? ¿Y la exposición de la estética de San Agustín? ¿Y el maravilloso estudio que en

---

(1) *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo II (siglos XVI y XVII), cap. VI.

(2) *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo I, vol. I, cap. I.

el último volumen dedica al romanticismo francés, no superado aún ni por el reciente y hermoso libro de D.ª Emilia Pardo Bazán?...

Ningún historiador de Europa sobrepuja a nuestro Menéndez Pelayo en datos y documentación. Los habrá más vehementes, o más imparciales, o más visionarios, o más narrativos; pero si la Historia se escribe *ad probándum,* no *ad narrandum,* como quieren los «escribidores» de la Historia superficial, nadie más apto para probar que Marcelino Menéndez Pelayo, ese nuevo fénix de los ingenios y monstruo de Natura, que en el entendimiento raciocinante y en la memoria retinente representa lo que Lope de Vega en la fantasía, en «el demiurgo de la imitación», como diría Filostrato.

Con razón, asombrado de tan clarísimo juicio y de tan portentosa memoria, escribía D. Alejandro Pidal y Mon, en la contestación a la carta *In dubiis libertas* (1): «... Cuyo prodigioso saber en edad tan temprana es un misterio que sólo

---

(1) Sirve de apéndice al tomo II de *La Ciencia Española,* pág. 386. (Tercera edición, Madrid, 1887.)

puede explicarse reconociendo en usted un talento comprensivo, organizador y sintético, que haya determinado *à priori* una dirección profunda y vasta de sus estudios posteriores, una memoria colosal, fácil y tenaz, como que conserva estereotipado para siempre lo que fugazmente pasó por delante de los ojos y de los oídos, y una aplicación portentosa por la vocación intelectual y por la resistencia física que supone...»

Nada parco se muestra tampoco en los laudes el sabio D. Gumersindo Laverde Ruiz — uno de nuestros críticos más injustamente postergados del siglo XIX — cuando dice en su hermosísima *Carta-prólogo* que «tan brillantes muestras da de estar cortado por el patrón de los Nebrijas, Vives y Brocenses», y ensalza «el caudal de doctrinas y de noticias (muchas harto nuevas), la madurez y penetración de juicio, la destreza polémica, el desorden amplio y desembarazado y la soltura, originalidad y abundancia de estilo» (1).

Si esto pudieron decir de él cuando aún era joven y el bozo apenas incipiente sombreaba sus

---

(1) *La Ciencia Española*, vol. I; *Carta-prólogo*, XX.

labios, ¿qué no hubiera podido decirse de la *Historia de las ideas estéticas en España,* escrita en *plena madurez intelectual y vital?* Pues ha de decirse en síntesis que es la más hermosa obra de Historia artística que pueden leer los españoles contemporáneos.

En cuanto a la sinceridad de las conclusiones históricas favorables al catolicismo que sacó Menéndez Pelayo de sus investigaciones, nadie podrá ponerlas en duda. Fué tan sincero creyente como sincero incrédulo Renán. Jamás dudó de la integridad de su fe, niño, joven ni hombre maduro. «En el cristianismo en general y en el catolicismo en especial — ha escrito en un libro muy reciente el italiano Nicola Turchi: *Manuale di storia delle religioni* (Fratelli Bocca, editori; Torino, 1912) — se encuentran como llevados a su desarrollo aquellos gérmenes perennes que se encuentran en las otras religiones; sin embargo, en ellos se han integrado de posiciones originales de fe, de pensamiento y de acción los elementos que en otras religiones apenas se han trazado confusamente. Los cuales elementos se componen, en la delineación del cristianismo, en

un contorno original que, mientras conserva y confirma con divina eficacia las líneas antiguas, añade rasgos nuevos y específicos que dejan entender cómo, desde la venida del Cristo, la Humanidad toca por la fe lo que primero veía *in œnigmate.*» Este era el fondo de la argumentación que a sí mismo se hacía Menéndez Pelayo para justificar la tenacidad de su fe frente a las tormentas impías y escépticas del siglo en que le tocó nacer.

Cuando alguna duda se le ofrecía no era respecto a la organización histórica del cristianismo, sino más bien respecto al mal del mundo, y en este punto profesaba un *pan-harmonismo,* o si queréis un eclecticismo a lo Valera y a lo Renán (1), que no es el optimismo bobalicón a lo Pangloss. Los optimistas a lo Pangloss cierran los ojos respecto a las miserias y dolores del

---

(1) Una frase característica de éste que resume su optimismo de *bon vivant* es la siguiente: «*Je me resignai à un état de la création où beaucoup de mal sert de condition à un peu de bien, où une imperceptible quantité d'arome s'extrait d'une enorme* caput mortuum *de matière gachée.*» (*L'Avenir de la Science: Pensées de 1848,* PREFACE, III; Calmann-Levy. París, 1890.)

mundo; los armonistas a lo Renán y Valera ven esas miserias y esos dolores, pero creen en un genio bueno y protector que depura esos dolores y esas miserias para trocarlos en suprema armonía y supremo bien...

Y lo más curioso del caso es que Menéndez Pelayo, cuando dejaba por un momento de ser historiador, filósofo y teólogo, para convertirse en artista, casi se volvía pagano. Hubiera podido decir, volviendo del revés la frase del célebre místico alemán Jacobi: «Por el corazón y por la fantasía soy pagano; por la razón, cristiano...» Si no hubiera tenido tan arraigadas como tenía las creencias, por herencia, por educación y por convicción, hubiera llegado hasta aborrecer el cristianismo, como Nietzsche, en quien el odio a la religión de Jesús no fué el odio reflexivo de pensador, en un principio, sino el odio impulsivo de un artista, antes de ser el odio razonado de un moralista aristocrático, desdeñoso de la parte de judaísmo sórdido que hay en nuestra religión, y el odio de un profeta del superhombre para quien la tradición cristiana es un estorbo que le impide «emancipar» del todo a la Huma-

nidad, que no puede olvidar su clase de doctrina cristiana en muchos siglos, como en otros muchos no podrá olvidar su clase de retórica, pese a los jóvenes rebeldes y enemigos de la sintaxis y de la antigüedad clásica...

II

Menéndez Pelayo es realmente, como historiador, un maestro. Enseña, como ningún otro español contemporáneo, el arte de escribir la Historia. Su tipo ideal de historiador es, sin duda alguna, el historiador humanista, a la manera de aquel San Jerónimo que Ebert nos describe, idealizándolo acaso un poco: «La representación del sabio cristiano que posee una educación estética y es, al mismo tiempo, el antecesor y patriarca de los humanistas.»

Esto es, ante todo, Menéndez Pelayo : un humanista, *un sabio cristiano que posee una educación estética.* En este sentido se le puede llamar maestro sin hipérbole alguna y decir de él que es el moderador de la juventud holgazana, como Marcial dijo de su compatriota —que es el maes-

tro Quintiliano... y ved cómo ya en tiempos de Marcial la juventud española era holgazana, *vaga*...

Quintiliane, vagæ moderator summe juventæ...

«Quintiano, moderador supremo de la vaga juventud.»

Podrá ser injusto y parcial a veces como cualquier Mommsen de mayor cuantía nuestro Menéndez Pelayo; pero es siempre un historiador formidable, si se entiende que de la Historia puede darse la definición que Averroes daba de la Poesía: *In vituperandi vel laudandi genere consistit*... «Consiste en un modo de vituperar o de alabar...» Podrá decirse que una historia parcial no es una historia útil, y tal vez sea eso cierto; pero puede ser una historia bella. Y hemos de procurar no caer en la trivial confusión de lo útil y lo bello, en que han caído todos los estéticos, a partir de los Ἀπομνημονεύματα, de Jenofonte. (Το χρήσιμον ἄρα καλον εοτι πρὸς ὃ ἂν ᾖ χρῆσιμον.—Libro VI, cap. IV.)

Un rayo de sol (según la justa observación de Lord Bacon) puede ser inútil desde el punto de

vista mecánico; y, sin embargo, pocas cosas más bellas en la Naturaleza... Una partícula de parcialidad en la Historia puede ser dañosa a la Humanidad y puede dar a la narración histórica un calor, una vehemencia y una veracidad que sin ella estarían ausentes.

Además, acaso Menéndez Pelayo no tiene tan estricta obligación de ser imparcial como otros historiadores, porque hace historia de investigador, no historia de sociólogo. Trata de descubrir varias noticias y datos desconocidos, no de orientarlos en un sentido determinado, emanado de un sistema preconcebido. Entre tantas curiosidades científicas como tuvo Menéndez Pelayo, lo único que jamás le interesó fué la Sociología ni ciencia alguna relacionada con los problemas sociales de nuestra época. Acaso en su mente llamaba a la Sociología «lúgubre y hórrida ciencia», como Carducci a la Economía política... Todo este movimiento social que agita al mundo moderno, le fué extraño y aun me atrevería a decir que hostil. No se afirma esto en son de censura, ni menos en son de elogio; que mal puedo yo abogar por que nos sustraigamos a las

luchas de nuestro siglo y nos desentendamos de las cuestiones palpitantes, de lo que hoy interesa (y en buen hora) a todo el mundo, desde el ácrata convencido hasta el católico ferviente.

Como estilista, como maestro de la narración histórica, descuella Menéndez Pelayo entre todos los españoles del siglo XIX. Él modernizó y flexibilizó el estilo histórico y el estilo erudito, que se habían corrompido durante el siglo XVIII, cuando la patente de erudito era sinónima de escribir mal, cuando el muy informado y muy aburrido Rvdo. P. Martín Sarmiento (a quien el paradojal Obispo de Jaca ha dedicado algunas de sus más preciosas vigilias, pretendiendo en vano su imposible rehabilitación) decía con hedionda sintaxis que la Metafísica — que había sido inventada por la charlatanería de los griegos *(pudet dictu!,* y que esto lo diga un teólogo)—trataba de *entablar un estanque contra la Historia Natural...*

Contra este galimatías, que era el lenguaje corriente de la erudición aún a principios del siglo XIX, reaccionó el estilo histórico de Menéndez Pelayo: un estilo elegante, claro y flúido. Acaso al comienzo de su carrera literaria lucha-

ba con algunas dificultades de expresión, que no suelen preocupar a otros eruditos, menos eruditos y más desdeñosos de la forma que Menéndez Pelayo. En sus primeros ensayos históricos, al formar su estilo, pudo decir con Renán: *La pensée se présente à moi d'une manière complexe; la forme claire ne me vient qu'après un travail analogue à celui du jardinier qui taille son arbre, l'emonde, le dresse en espalier* (1).

Pero más tarde llegó a la plena posesión de su estilo, que fué depurando, corrigiendo y limando, *terque quaterque,* hasta aparecer como el inimitable estilista de la *Historia de las ideas estéticas en España* y de los *Estudios de crítica literaria.*

En sus primeros tiempos, Menéndez Pelayo escribía en un estilo demasiado enfático y engolado, un estilo que se asemejaba a aquel estilo asiático y redundante que los aticistas reprochaban a Cicerón. Pero, al fin de su vida, ya convencido de que la verdad está en la sencillez y en la sobriedad, penetrado de la muy sabia sen-

(1) *L'Avenir de la Science,* PREFACE, IV.

tencia de Apeles, que el mismo Cicerón recordaba *(Apelles pictores quoque eos peccare dicebat qui non sentirent quid esse satis:* — DE ORATORE, 21) acerca de los pintores que no saben lo que es bastante, corrigió y pulió lo que había de redundante en su estilo... En las *Advertencias preliminares* de la segunda edición de la *Historia de los Heterodoxos españoles,* confiesa que su aspiración única como estilista es acercarse a la suprema sencillez.

Menéndez Pelayo consideró siempre la Historia como la disciplina más elevada del entendimiento humano, y la llamó con Cicerón: *Testis temporum, lux veritatis, vita memoriæ, magistra vitæ, nuntia vetustatis...*

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS FUNDAMENTALES...

Historia de los Heterodoxos españoles. Librería católica de San José. Madrid, 1880-81. Tres tomos.

Tomo I: 802 páginas de 186×108 mm. (impreso en 1880).

Tomo II: 786 páginas de 186×108 mm. (impreso en 1880).

Tomo III: 894 páginas de 186×108 mm. (impreso en 1881).

Historia de las ideas estéticas en España.

Tomo I: Período hispano-romano. Madrid; Imprenta de A. Pérez Dubrull, 1890. Un tomo de XXIV+422 páginas. Segunda edición.

Tomo I, volumen II: Hasta fines del siglo XV. Madrid; Imprenta de A. Pérez Dubrull, 1891. Un tomo de 366 páginas. Segunda edición.

Tomo III: Siglos XVI y XVII. Madrid; Establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1896. Un tomo de 366 páginas. Segunda edición.

Tomo III (bis), volumen I: Siglo XVIII. Madrid; Imprenta de A. Pérez Dubrull, 1886. Un tomo de 418 páginas.

Tomo III (bis), volumen II: Idem, íd. Un tomo de 606 páginas.

Tomo V: Siglo XVIII.

OBRAS MENORES...

Humanistas españoles del siglo XVI. Discurso que ocupa las páginas 90 a 129 del folleto *Apuntes para la biografía de don Marcelino Menéndez Pelayo*, por D. Miguel García Romero, Secretario de la Juventud Católica de Madrid. Madrid; Imprenta de la Viuda e Hijo de Aguado, 1879. VI+136 páginas.

La Antoniana Margarita de Gómez Pereira.

Tomo LX, año 1878, págs. 362-375 y 474-489, y tomo LXI, año 1878, páginas 63-79 y 166-192 de la REVISTA DE ESPAÑA.

Arnaldo de Vilanova, médico catalán del siglo XIII. Ensayo histórico, seguido de tres opúsculos inéditos de Arnaldo y de una colección de documentos relativos a su persona. Un tomo de 238 páginas. Madrid; Librería de M. Murillo, 1879.

Tres heterodoxos españoles en la Francia revolucionaria.

Algunas reflexiones acerca del Padre Feijóo.

Impugnadores españoles del enciclopedismo.

Blanco (White).

REVISTA HISPANO-AMERICANA: tomo II, páginas 355 y 529; tomo III, págs. 32 y 541; tomo V, págs. 5 y 546; tomo VI, página 349; tomo VII, pág. 87, y tomo IX, páginas 171 y 531.

Propagación y desarrollo de la filosofía

OBRAS MENORES...

sensualista en España durante el siglo XVIII.

El Regalismo.

REVISTA DE MADRID: tomo III, páginas 111-119, 259-265 y 345-354; año 1882.

Sectas místicas.

REVISTA DE MADRID: tomo IV, páginas 10-20, 54-66, 102-119, 152-165, 205-216 y 249-259; año 1882.

Humanistas españoles del siglo XVI.

REVISTA DE MADRID: tomo V, pág. 89; año 1883.

Informe sobre la obra «Monumentos antiguos de la Iglesia Compostelana».

Ana Bolena, por P. Friedman. (Informe.)

Memoria presentada al Concurso sobre el tema «Jovellanos». (Informe.)

Juan Ginés de Sepúlveda: Diálogo sobre las justas causas de la guerra.

BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA: tomo III, pág. 295; tomo VII, página 19; tomo XIX, pág. 263, y tomo XXI, pág. 257.

VII

Labor de erudición.

Cuando en España hablamos de un erudito, entre cuyos sobresalen los archiveros y bibliotecarios, entendemos por esa frase un hombre huraño y áspero, poco dado a la vida de sociedad, muy metido en sus libros. Este no era realmente el tipo de Menéndez Pelayo, que emblema fué de otro género de eruditos, ávidos de conocerlo todo y de averiguarlo todo, mas no desdeñosos de los goces puros de la realidad y de la vida de relación. La especie de erudito que él amaba más era la de aquel antiguo Dídimo el Gramático, que compuso ¡cuatro mil libros! acerca de curiosas antigüedades, inquiriendo *la verdad de las fábulas*, cuál fuese la verdadera madre de

Eneas y la verdadera madre de Dido, y si Safo poetisa fué casta o fué ramera...

La frase que pronunció poco antes de morir caracteriza su ansia ardiente de saber:

—¡Qué lástima morirse con lo que me queda por leer!...

Que es, en síntesis, el mismo sentido de la frase del gran químico francés Gay-Lussac en la agonía:

—¡Morirse ahora! ¡Qué pena! ¡Ahora que esto se iba poniendo interesante!...

Sólo que Menéndez Pelayo era sobre todo un artista, y Gay-Lussac era un científico; el artista ansía conocer más cosas, y el científico desea alcanzar las consecuencias de las leyes que ha formulado...

Menéndez Pelayo era un erudito, no por manía de rebuscar, sino por pasión de conocer. Era un erudito a la manera de Huet, el Obispo de Avranches, que, al ver declinar su edad, sentía la tristeza de no saber todo lo que podía saberse, la tristeza de encontrar la vida insuficiente a su avidez de estudio. Más bien que un investigador, Menéndez Pelayo es un leyente que tiene un

insaciable deseo de aprender siempre algo nuevo y que jamás se siente satisfecho. Su anhelo no es alcanzar tal o cual conocimiento determinado, sino todos los conocimientos.

Cuando no podía investigar nada nuevo, procuraba relacionar lo antiguo con lo modernísimo, y así andaba sacando analogías, a lo mejor graciosísimas, entre obras medioevales y obras contemporáneas, en las cuales creía ver algo de aquéllas. En Luis Vives veía el germen de todo el criticismo post-kantiano; en Francisco Sánchez, el cantor del *Quod nihil scitur,* veía ¡y con cuánto fundamento! el presagio de todo el escepticismo moderno. ¿Quién lo negará? Nada se crea y todo se transforma, en el mundo de la idea como en el mundo de la materia. Si ninguna nueva fórmula de arte más perfecta que la fórmula helénica ha sido lanzada al mundo, tampoco en ciencia hemos adelantado sino en modos de expresión. La sustancia es la misma; tanto vale el antiquísimo Πάντα ῥεῖ de Heráclito como *el retorno eterno* de Federico Nietzsche, *ultima ratio* de la Metafísica, echada a perder por el loco de la Engadina.

Así, pues, percatados de lo difícil que es lanzar ideas nuevas al mundo, de lo poco original que cada escritor tiene que decir a sus semejantes, como afirmaba Taine, de que permanece eterna e invariable la sentencia de Lucrecio:

Eadem sunt omnia; eadem omnia restant...

no veamos en Menéndez Pelayo un vano empeño de erudito cuando quiere relacionar lo más lejano con lo más próximo, ni creamos que es futilidad de investigador paciente o manía de bibliófilo sostener, por ejemplo, que Raimundo Sabunde presenta dos caras, como Jano, una vuelta hacia atrás, hacia la Edad Media, hacia Lulio, su maestro, y hacia Guillermo Ockam, el nominalista escocés; otra hacia Descartes y Pascal, de quienes es heraldo, «y hacia Kant, cuya *Crítica de la razón práctica* en algún modo preludia con su demostración de Dios como fundamento del orden moral» (1).

La curiosidad científica de Menéndez Pelayo

(1) *Historia de las ideas estéticas en España,* tomo I, vol. II, cap. IV, pág. 208; 2.ª edición. Madrid, 1891.

es insaciable; todo lo ha tanteado. Examina la Filosofía moderna en su discurso de recepción en la Academia de Ciencias Morales y Políticas (1); recorre el campo de la historia del Derecho en el de entrada de D. Eduardo de Hinojosa a la Academia de la Historia (2); estudia conceptos y cuestiones de estética en el de ingreso a la Academia de Bellas Artes. En este país de hombres *unius libri* y monoideístas, él es hombre de muchas ideas y de muchos libros.

Defiende la erudición enciclopédica, el ansia universal de saber, acaso recordando los argumentos con que Quintiliano la defendía: *Natura humani ingenii ita est agilis et velox, sic in omnem partem, ut ita dixerim, spectat, ut ne possit quidem aliquid agere tantùm unum; in plura vero, non eodem die modò, sed eodem temporis momento, vim suam impendat.*

Los hipercríticos que creen que esa erudición

---

(1) «De los orígenes del criticismo y del escepticismo y especialmente de los precursores españoles de Kant.» Madrid, 1891.

(2) «Francisco de Vitoria y los orígenes del Derecho de gentes.» Madrid, 1889.

de Menéndez Pelayo se adquiere fácilmente y que es toda de segunda mano, debieran probar a ostentarla y jamás lo conseguirían. A estos descontentadizos digámosles aquella sencilla y rotunda frase helénica (¡oh, esos helenos tan ingenuos que no necesitaban de la crítica!) inscrita por Zeuxis al frente de su Penélope: «Más fácil es criticarla que imitarla...»

Y su erudición, con ser de hombre muy sabio y muy leído, siempre es jugosa y fresca, no acartonada y fósil. El toque humano brota en cada página. Los que han hablado de *la sequedad afectiva* de Menéndez Pelayo, los que le han descrito como un sabio hurón y misántropo, al margen de la vida, no le han entendido bien sin duda o le han leído con antojeras de crítico. Nada más humano y aun más risueño que la erudición de Menéndez Pelayo. Pudo decir el polígrafo de *La Ciencia Española,* como el poeta bilbilitano Marcial:

Hominem pagina nostra sapit...

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS FUNDAMENTALES....

Antología de poetas líricos castellanos, desde la formación del idioma hasta nuestros días. Madrid; Librería de la Viuda de Hernando y C.ª (Perlado, Páez y C.ª).

Tomos CXXXVI, CXLIX, CLX, CLXXI, CLXXXVIII, CXCVI, CCV, CCVIII, CCIX, CCXI, CCXIII, CCXIV y CCXX de la BIBLIOTECA CLÁSICA.

Tomo I. Madrid, 1890; XCVI+300 páginas.

Tomo II. Madrid, 1891; LXXXVII+304 páginas.

Tomo III. Madrid, 1892; CXLIV+268 páginas.

Tomo IV. Madrid, 1893; C+384 páginas.

Tomo V. Madrid, 1894; CCCVIII+136 páginas.

Tomo VI. Madrid, 1896; CDII páginas.

Tomo VII. Madrid, 1898; CCLXXX+110 páginas.

Tomo VIII. Madrid, 1899; LXXXVI+300 páginas.

Tomo IX. Madrid, 1899; 362 páginas.

Tomo X. Madrid, 1900; 380 páginas.

OBRAS FUNDAMENTALES...

Tomo XI. Madrid, 1903; 388 páginas.
Tomo XII. Madrid, 1906; 554 páginas.
Tomo XIII. Madrid, 1908; 488 páginas.

Orígenes de la novela. Tomo I. *Introducción. Tratado histórico sobre la primitiva novela española.* Madrid; Librería editorial de Bailly-Baillière e Hijos, 1905.

Tomo I de la NUEVA BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES, publicada bajo la dirección de D. Marcelino Menéndez Pelayo. Un volumen de DXXXVI paginas.

Orígenes de la novela. Tomo II. *Novelas de los siglos XV y XVI, con un estudio preliminar.* Madrid; Bailly-Baillière e Hijos, 1907.

Tomo VII de la NUEVA BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES. Un volumen de CXL + 588 páginas.

Orígenes de la novela. Tomo III. Novelas dialogadas, con un estudio preliminar. Madrid; Bailly-Baillière e Hijos, 1910.

Tomo XIV de la NUEVA BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES. Un volumen de CCLXXXIX + 450 páginas.

Horacio en España. (Solaces bibliográficos.) Dos tomos. Madrid; Imprenta de A. Pérez Dubrull, 1885.

Tomos XXVII y XXVIII de la COLECCIÓN DE ESCRITORES CASTELLANOS

Tomo I. LVIII + 356 páginas. Le precede un juicio de D. Juan Valera.

Tomo II. 446 páginas. Es la segunda edición. La primera salió a luz en un tomo, donde coleccionó el Sr. Menéndez Pelayo

cuatro estudios publicados en la REVISTA EUROPEA.

OBRAS FUNDAMENTALES....

Bibliografía hispano-latina clásica. En publicación en la REVISTA DE ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS.

La novela entre los latinos. (Tesis doctoral.) Santander, 1875.

OBRAS MENORES...

Pedro de Valencia. Dos artículos publicados en la REVISTA HISTÓRICO-LATINA DE BARCELONA (1875, núms. 9 y 10).

Los jesuitas españoles en Italia. Introducción:

I. El Abate Andrés.
II. Hervás y Panduro.
III. Eximeno.

Cartas de Italia:

I. Españoles en Italia.
II. Una visita a las Bibliotecas.
III. Epístola Partenopea.
IV. *Rerum opibusque potens, Florentia mater.*
V. Letras y literatos italianos.

Indicaciones sobre la actividad intelectual de España en los tres últimos siglos, páginas 330-339 del tomo VII de la REVISTA EUROPEA. Madrid; Eduardo de Medina, 1876.

Traductores portugueses de Horacio.

La poesía horaciana en Castilla.

La poesía horaciana en Portugal.

Páginas 1-15, 37-48, 68-81, 109-122, 133-145, 193-204, 225-234 del tomo X, año 1877, de la REVISTA EUROPEA.

OBRAS MENORES...

Traductores españoles de La Eneida. Apuntes bibliográficos, por el Dr. D. Marcelino Menéndez Pelayo. Madrid; V. Sáiz, 1879.

Traductores de las Églogas y Geórgicas de Virgilio, por D. Marcelino Menéndez Pelayo. Madrid; V. Sáiz, 1879.

Los cautivos. Comedia de Marco Accio Plauto, traducida al castellano por Marcelino Menéndez Pelayo, representada en el Teatro Español en diciembre de 1879 por alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras. Madrid; Imprenta de Fortanet, 1879. Un folleto de XL + 45 páginas. Contiene el texto latino y la versión castellana.

Adiciones a Horacio en España.

San Isidoro.— Su importancia en la historia intelectual de España, págs. 130, 161, 279 y 314 del tomo II, año 1881, de la REVISTA DE MADRID.

Memorial de la Biblia de Utrera. Autor el Licenciado Rodrigo Caro. — Sevilla: EL MERCANTIL VALENCIANO, 1883. Este volumen, que forma el primero de las *Obras de Rodrigo Caro,* lleva al frente unas *Noticias sobre la vida y escritos de Rodrigo Caro,* por Menéndez Pelayo, las cuales ocupan las páginas V XLV.

Nuestro siglo. Reseña histórica de los más importantes acontecimientos sociales, artísticos, científicos e industriales de nuestra época, por Otto Von Leixner. Traducción del alemán, revisada y anotada por D. Marcelino Menéndez Pelayo. Barcelo-

OBRAS MENORES...

na; Montaner y Simón, editores, 1883. Tomo de 408 páginas a dos columnas.

Blanquerna, maestro de perfección cristiana. Compuesto en lengua lemosina por el iluminado Doctor Raimundo Lulio, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez Pelayo. Madrid; Imprenta de la Viuda e Hijo de Aguado, 1883. Dos tomos de la Biblioteca de la REVISTA DE MADRID, de XLVIII + 456 y 368 páginas, respectivamente.

Ramón Lull (Raimundo Lulio). Discurso leído el día 1.º de mayo del año actual en el Instituto de las Baleares. (Marca del impresor.) Palma de Mallorca; Imprenta de la BIBLIOTECA POPULAR, MDCCCLXXXIV. De este folleto se hizo una tirada económica de 1.000 ejemplares para regalar a los suscriptores del periódico LAS NOTICIAS.

Enrique Heine: El Cancionero.—Das Buch der Lieder.—Traducción directa del alemán por J. A. Pérez Bonalde, individuo correspondiente de la Real Academia Española. 1.ª edición, con ilustración de los mejores artistas alemanes. New-York, MDCCCXXXV.

Una carta del Sr. Menéndez Pelayo, a quien está dedicado el libro, del Sr. Pérez Bonalde.

Doctor Jorge Curtius: Gramática griega elemental. Traducida de la 15.ª edición alemana por Enrique Sons y Castelín,

con un prólogo de D. Marcelino Menéndez Pelayo. Madrid; Fe, 1887.

Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos, formada con los apuntamientos de D. Bartolomé José Gallardo, coordenados y aumentados por D. M. R. Zarco del Valle y D. José Sancho Rayón. Obra premiada por la Biblioteca Nacional en la Junta pública del 5 de enero de 1862. Impresa a expensas del Gobierno. Madrid; Manuel Tello, 1888-1889.

Revista crítica. (Programa.) *Discurso leído por D. Acisclo Vallín y Bustillo ante la Real Academia de Ciencias Físicas, Exactas y Naturales acerca de la cultura española en el siglo XVI.*

OBRAS MENORES...

Influencia de las lenguas y literaturas orientales en la española, por D. Francisco Fernández y González.

Investigaciones biográficas y bibliográficas sobre Tirso de Molina.

Memorias de Benedetto Croce acerca de las relaciones políticas y literarias entre España e Italia.

Memorias de Benedetto Croce sobre la corte literaria de Alfonso V de Aragón en Nápoles.—Alabanza de la Duquesa de Ferrara.—Lucrecia Borgia y la cuestión de amor.

La Historia Partenopea de A. Hernández. (Elogio del Gran Capitán D. Gonzalo Fernández de Córdova.)

La Corte de las tristes reinas en Nápoles (Juanas III y IV.) *Tratado de educación*

OBRAS MENORES...

de Galateo, publicado por Benedetto Croce. *Bastero, poeta provenzal.* Discurso de Rubió.

Estudio sobre la Edad Media en España, por Don Fux. Epopeyas francesas, de Gautier. El endecasílabo en la poesía castellana del siglo XV y principios del siglo XVI, por Morel Fatio.

Grillparzer y Lope de Vega, por el Doctor Arturo Farinelli.

De los poemas históricos relativos a Chile.

La sátira política en tiempos de Enrique IV de Castilla.

LA ESPAÑA MODERNA: LXI, 62; LXII, 138; LXIII, 129; LXIV, 117; LXV, 117; LXVI, 152; LXVII, 104; LXIX, 87; LXX, 167; LXXII, 84; LXXIII, 97; LXXX, 19; LXXXIV, 16, y LXCVI, 17.

Libro de las virtuosas e claras mujeres, el cual fizo e compuso el Condestable Don Álvaro de Luna, Maestre de la Orden de Santiago. Dalo a luz la Sociedad de Bibliófilos españoles. Madrid, MDCCCXCI. Un tomo de XII+370 páginas. Lleva una *Advertencia preliminar* del Sr. Menéndez Pelayo, autor de la edición.

Obras literarias de D. José Marchena (El Abate Marchena), recogidas de manuscritos y raros impresos, con un estudio crítico-biográfico del Dr. D. Marcelino Menéndez Pelayo. Sevilla; Imprenta de E. Rasco, 1892-1896. Dos tomos, de 436 y CLIX + 425 páginas, respectivamente.

Ensayos religiosos, políticos y literarios,

OBRAS MENORES...

por D. José María Quadrado. 2.ª edición, precedida de una introducción por don Marcelino Menéndez Pelayo. Palma de Mallorca; Amengual y Muntaner, 1893. Ocupa la introducción 61 páginas.

Ambrosio Espínola, primer Marqués de los Balbases. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de D. Antonio Rodríguez Villa. Madrid; Fortanet, 1893. Discurso de contestación de D. Marcelino Menéndez Pelayo, págs. 103-118.

Obras de D. Marcelino de Aragón Azlor y Fernández de Córdova, Duque de Villahermosa, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez Pelayo. Madrid; Tello, 1894. XVIII + 338 páginas. El prólogo ocupa las páginas V-XVIII.

Lettres inédites de Beaumarchais, Galiani et D'Alembert, adressées au Duc de Villahermosa. Texto publicado y anotado por el Sr. Menéndez Pelayo.

REVUE D'HISTOIRE LITTÉRAIRE DE LA FRANCE, 15 de julio de 1894, págs. 330-352.

Di alcuni versi italiani di autori spagnuoli dei secoli XV e XVI, por Benedetto Croce.

Intorno al seggiorno di Garcilasso de la Vega in Italia, por Benedetto Croce.

Studi di Storia letteraria italiana e straniera, por Francesco Flamini.

Artículo crítico sobre estos tres libros, por el Sr. Menéndez Pelayo.

OBRAS MENORES...

Barlaam and Josaphat in Spain. Memoria de F. de Haam.

Artículo crítico del Sr. Menéndez Pelayo sobre este trabajo.

L'inmigrazioni dei Jesuiti spagnoli letteratii in Italia. Memoria de Vittorio Zian.

Artículo crítico del Sr. Menéndez Pelayo sobre este trabajo.

Italia et Spagna nel secolo XVIII.—Giovambattista Conti. Studi di Vittorio Zian.

Artículo crítico del Sr. Menéndez Pelayo sobre este artículo.

Las páginas 12, 32 y 38 del tomo I, y 55 y 105 de la segunda parte del mismo tomo de la REVISTA CRÍTICA DE HISTORIA Y LITERATURA ESPAÑOLAS. Madrid; Victoriano Suárez, 1895.

Historia de las literaturas española y portuguesa, por D. Fernando Wolff, traducción del alemán por D. Miguel de Unamuno, con notas y adiciones de D. Marcelino Menéndez Pelayo. Madrid; LA ESPAÑA MODERNA (sin año). Dos tomos de 334 y 432 páginas.

Luis Vives, por A. Lange, autor de la «Historia del materialismo», traducción directa del alemán, revisada por D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Un tomo de la BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA E HISTORIA, de 156 páginas.

Obras completas de D. Francisco de Quevedo y Villegas. Edición crítica, ordenada e ilustrada por D. Aureliano Fernández-

OBRAS MENORES...

Guerra y Orbe, con notas y adiciones de D. Marcelino Menéndez Pelayo. Sevilla; E. Rasco. (Sociedad de Bibliófilos Andaluces). En publicación:

Tomo I. (Aparato biográfico y bibliográfico.) Sevilla, 1897. VIII + 600 páginas.

Tomo II. (I de las poesías.) Sevilla, 1903. X + 405 páginas.

Tomo III. (II de las poesías.) Sevilla, 1907. VIII + 464 páginas.

Nuevos datos acerca de Prisciliano. Artículos publicados en la REVISTA DE ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS del año 1899 (págs. 1, 65, 129, 449 y 577).

Propaladia de Bartolomé Torres Naharro, con un estudio crítico de D. Marcelino Menéndez Pelayo. (Tomo II. LIBRERÍA DE LOS BIBLIÓFILOS, MCM.)

Un tomo de CLIII + 420 páginas. Tomo X de la colección LIBROS DE ANTAÑO, NUEVAMENTE DADOS A LUZ POR VARIOS AFICIONADOS. (El tomo I, 1880, fué publicado por D. Manuel Cañete.)

El Filósofo auto-didacto de Abentofail, novela psicológica traducida del árabe por D. Francisco Pons Boigues, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez Pelayo. Zaragoza; Comas, 1900.

Ocupa el prólogo LVI páginas. Forma este volumen el V de la COLECCIÓN DE ESTUDIOS ÁRABES.

Algazel: Dogmática, moral, ascética, por Miguel Asín Palacios, con prólogo de

OBRAS MENORES...

D. Marcelino Menéndez Pelayo. Zaragoza; Comas, 1901.

Ocupa el prólogo XXXIX páginas. Este volumen forma el VI de la COLECCIÓN DE ESTUDIOS ÁRABES.

La Celestina, por Fernando de Rojas, conforme a la edición de Valencia de 1514, reproducción de la de Salamanca de 1500, con una introducción del Dr. D. Marcelino Menéndez Pelayo. Dos tomos. Vigo; Librería de Eugenio Krapf, 1900.

Tomo I. LVI + 238 páginas. El estudio crítico del Sr. Menéndez Pelayo ocupa las páginas XI a LVI.

Tomo II. Desde la página 239 hasta la 470 + C de Bibliografía, y 42 que contienen la comedia *Pamphilus de Amore* y una advertencia sobre la misma del Sr. Menéndez Pelayo.

Historia de la literatura española desde los orígenes hasta el año 1900, por Jaime Fitzmaurice-Kelly, correspondiente de la Real Academia Española. Traducida del inglés y anotada por Adolfo Bonilla y San Martín, con un estudio preliminar de D. Marcelino Menéndez Pelayo. Madrid; LA ESPAÑA MODERNA (sin año).

Un tomo de la BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA E HISTORIA, de XLII + 614 páginas. El prólogo del señor Menéndez Pelayo ocupa las páginas V a XLII.

Flor de entremeses y sainetes de diferentes

OBRAS MENORES...

autores (1659). 2.ª edición, corregida. Madrid; Imprenta de Fortanet, 1903.

Un tomo de XVI+210 páginas. La advertencia (págs. V a X) va firmada por D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Homenaje a D. Francisco Codera en su jubilación del Profesorado. Estudios de erudición oriental. Zaragoza; Escar, 1904.

En la página 483 hay un trabajo del Sr. Menéndez Pelayo, titulado *La doncella Teodor* (Un cuento de Las mil y una noches, Un libro de cordel y una comedia de Lope de Vega).

Bibliografía de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra, por D. Leopoldo Rius. Tres tomos. Villanueva y Geltrú, 1904.

Tomo II. Páginas 212 y 215: *Cartas sobre el «Quijote».* — Ortego.

Tomo III. *Interpretaciones del «Quijote».* (Final del discurso de contestación al Sr. Asensio en la Real Academia Española.)

Tres comedias de Alonso de la Vega, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez Pelayo. Dresden, Max Niemeyer, Halle a. S., 1907. Ocupa el prólogo las páginas V a XXX.

El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, compuesto por el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas. Nueva edición, cotejada con la original, publicada en Tarragona en 1614, anotada y precedida de una in-

troducción de D. Marcelino Menéndez Pelayo. Barcelona; Librería científico-literaria. Toledano, López y C.ª, MCMV.

Un tomo de LXIV + 334 páginas. La Introducción ocupa las páginas VII a LVI.

OBRAS MENORES...

Asociación de conferencias: La epopeya castellana en la Edad Media.—El Cid. Madrid; Tipografía de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1906; 24 páginas.

Dos opúsculos inéditos de D. Rafael Floranes y D. Tomás Antonio Sánchez sobre los orígenes de la poesía castellana, con una advertencia preliminar de Don Marcelino Menéndez Pelayo.

Extracto de la REVUE HISPANIQUE, tomo XVIII. (New-York.) París, 1908. La advertencia preliminar ocupa las páginas 1 a 48.

VIII

Lo que debe a Menéndez Pelayo la juventud española.

En el afán de iconoclastismo que dominó a los jóvenes renacentistas del 98-99, se olvidó, injustamente, la labor honrada y cultural de maestros como Menéndez Pelayo. Él permanecía tranquilo, confiado en la bondad de su propia obra, dormido a la sombra de la posteridad como en un regazo materno...

Y pasó la época del *sturm und drang,* y los intemperantes modernismos se desvanecieron, y la tabla de los valores no pudo ser del todo quebrantada en manos de los jóvenes bárbaros, y se advirtió que, en último resultado, siempre tenemos razón los que aconsejamos la ecuanimidad y la serenidad de juicio y la templanza en las

opiniones, y un grano de escepticismo — como un grano de sal — en todas nuestras doctrinas, y la figura de D. Marcelino se cierne aún, serena y algo melancólica, sobre las cabezas rebeldes o iluminadas... por las hogueras del Averno.

He aquí que D. Marcelino ha sido, ante todo, lo que ahora más que nunca conviene ser en España: un hombre sereno y culto, convencido de la eficacia del estudio como disciplina del alma. Ha sido el modelo de erudito serio y honrado, aquí donde tanto abundan los eruditos aparatosos y de similor, los eruditos *toreros*. ¿Os choca el vocablo? Pues ¿quién duda que hay eruditos toreros? ¿No hubo filósofos toreros? ¿No llamó Nietzsche a Séneca «el toreador de la virtud»? ¡Ah, desdichadamente, todos somos un poco toreros en España, y (lo que es peor) toreros ventajistas! No en vano hemos educado nuestra retina y nuestra sensibilidad desde niños en las plazas de toros...

Pero D. Marcelino Menéndez Pelayo era quizá el único caso de erudito español que tomase completamente en serio su profesión, que hiciera de ella un verdadero sacerdocio.

Encontró que sus investigaciones históricas le daban absolutamente el derecho de pensar que la Inquisición no había sido tan nociva a España como se pretende, y no reparó en dar a luz sus deducciones, enajenándose muchas simpatías. Muy lejos estamos hoy todos de pensar eso mismo; aun entre los católicos sinceros que van con el siglo, muy pocos habrá que voten con Menéndez Pelayo en el caso concreto de la Inquisición; pero no dejaremos de admirar la tenacidad inquebrantable de sus convicciones y la titánica lucha de su fe y de su ciencia.

La juventud española no puede ser injusta con Menéndez Pelayo, porque le debe el cuidado de la documentación, el amor al estudio, el abandono de lo que llaman los franceses *l'école buissonnière* y de la inspiración a chorro libre... Lo que nos ha enseñado es a enterarnos de las cosas, a no hablar de todo a humo de pajas, a perder esa verborrea flúida y vacua que estropeó a los jóvenes de la Revolución y que corrompió las cualidades ingénitas de cerebros tan poderosos como Castelar, que escribía de memoria, sin libros, sin erudición, sin documentos, sin consul-

ta, una *Historia de la civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo,* que es un monumento elevado a la improvisación, a la pereza mental y a la charlatanería insulsa y absolutamente vacía de sentido.

Menéndez Pelayo, como hombre estudiosísimo que fué toda su vida, cerebro privilegiado que sintió curiosidad universal, nos enseñó una cosa primordial y suprema que muy pocos autores suelen enseñarnos: nos enseñó a estudiar.

EPÍLOGO

La muerte de Marcelino Menéndez Pelayo, como la muerte de D. Joaquín Costa, nos enseña a los españoles una doctrina de alta moralidad social; nos acostumbra a no desdeñar, cuando están vivas, las glorias que hemos de llorar después de muertas. Los mismos que, cuando vivía entre nosotros, austero y vehemente como un apóstol, repudiaban a D. Joaquín Costa por soñador y utópico; los que le presentaban a los ojos del pueblo español como un habitante del país de ninguna parte (del *Nowhere,* que un escritor inglés popularizó), después de muerto pusiéronse lacrimosos y doloridos, míseros tragediantes de la política que adaptan a su semblante polimórfico la máscara que más les convenga...

Entre los republicanos nadie quería contar como correligionario a D. Joaquín Costa, y sin embargo, cuando descendió a las sombras de Hades, todos se pusieron ficticiamente transidos de dolor...

Asimismo, acaso entre los reaccionarios, nadie quiso bien del todo al ilustre D. Marcelino, y ahora, que ya habita en los reinos de Plutón, o, como él hubiera dicho, con una feliz reminiscencia clásica,

perque domos Ditis vacuas et inania regna...,

ahora es cuando viene el plañir como mujerzuelas, el llorar como Boabdil, último rey de Granada, sobre las ruinas del reino que no supo defender como hombre...

Hagamos poco caso de esos intrigantes que abren comercio con la Muerte y que de un discurso funerario, lacio y marchito como una corona barata de una sociedad de pompas fúnebres, obtienen provecho ante sus correligionarios y compinches, haciendo plástico aquel muy sabio y castizo refrán: «El muerto al hoyo... y el vivo al bollo.» Que en el lenguaje mercantil

de estos chamarileros de la baja política suele traducirse por estas frases, espontáneamente surgidas *ex imo corde:* «El muerto al hoyo... y el vivo al destino que ocupó el muerto.»

En esta humana feria de las vanidades, el que se retira siempre es saludado con respeto por el que se queda..., porque deja un puesto libre. A salvo de estas pequeñeces, Menéndez Pelayo perdurará como modelo siempre viviente de las virtudes cívicas que ha de ostentar un sabio. A los patriotas sin patriotismo, que lo proclaman y no lo sienten, les enseñó a ser patriotas de verdad, con obras; a los católicos insinceros, que predican el catolicismo a los demás sin que en ellos germine espontáneamente, les enseñó a ser católicos de verdad, con fe.

FIN

ÍNDICE

	Págs.
DEDICATORIA	V
I.—Su vida	7
II.—Labor de polémica	17
III.—Labor de Academia	29
IV.—Labor de poesía	47
V.—Labor de crítica	63
VI.—Labor de Historia	109
VII.—Labor de erudición	131
VIII.—Lo que debe a Menéndez Pelayo la juventud española	151
EPÍLOGO	155

Comenzóse
este folleto, con honores de libro,
en la muy luminosa y muy clara mañana
del día 20 del florido mes de mayo,
dedicado a la Virgen María
y a Venus Citerea,
y diósele fin y remate en el día 30 del mismo mes,
festividad de San Fernando,
Rey de España,
año de gracia de mil novecientos doce.

928.6 M54 G63
M54
a39001 008397351b